Los Contemporáneos

LA DUQUESA DE LA VALLIERE

COMEDIA HISTÓRICO-ANECDÓTICA, EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY

Número extraordinario

15 Cénts.

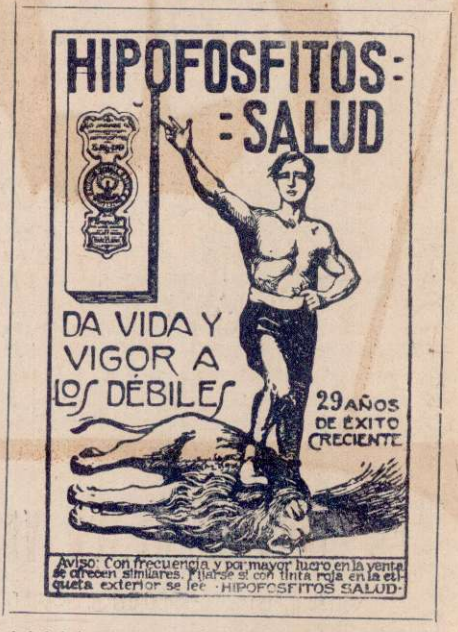
PILOSUBLIMADO

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la **Calvicie**, la **Tiña Pelada** y las **Canas**. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA

Elogias mi distinción
y mi elegante figura
que sólo debo al jabón
y a los polvos PECA CURA.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices), rosa o blanco 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 petas., según frasco. PROBAD los jabones, PROBAD los polvos color moreno (siete matices), rosa blanco, serie *"Ideal"*, perfumes: ROSA DE JERICÓ, *Admirable*, MATINAL, *Rosa*, GINESTA, *Chipre*, ROCÍO FLOR, *Mimosa*, VÉRTIGO, ACACIA, MUGUET, *Clavel*, VIOLETA, *Jazmín*, 3 pesetas pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los supera, NINGUNO los iguala en perfume, clase ni presentación. Ultimas creaciones de **CORTÉS HERMANOS.**—BARCELONA



Lea usted "LOS MUCHACHOS"

Dig. 22 cms
R. 71. 760
1-Z-603/18

Los Contemporáneos
Año XI.—Núm. 554
14 Agosto 1919

DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

LA DUQUESA DE LA VALLIERE

ACTO PRIMERO

Bosque espeso y pintoresco.—A la izquierda, y en primer término, una enorme encina, cuyo tronco, hueco en su parte inferior, forma una especie de garita, donde pueden albergarse cómodamente dos personas. En el interior del árbol, y tallado en su misma madera, un banco. A la derecha dos caminos casi cubiertos de árboles y ramas y que figuran conducir al interior del bosque. Al foro se divisa el castillo de Fontainebleau.

Monteros 1.º, 2.º y 3.º. *Al levantarse el telón se oyen lejanos toques de trompas de caza y ladridos de perros. Los Monteros observan con gran interés los lances de la batida.*

Montero 3.º—¡Por allí van!... ¡El diablo que los alcance! (*Mirando por la derecha.*)

Montero 2.º—Ese ciervo se escapa. Ha tomado mucha delantera a los perros.

Montero 1.º—Montemos de nuevo y sigámoslo.

Montero 2.º—Síguelo tú, si quieres. Mi caballo no puede dar un paso más.

Montero 1.º—Por poco se cansa.

Montero 2.º—¿Te parece poco haberse pasado cuatro horas corriendo como el viento detrás de los venados por todo el bosque de Fontainebleau?

Montero 3.º—¡Y con esta lluvia!

Montero 2.º—¡Valiente cuidado se le da al Rey de la lluvia! Ni se entera de que cae agua del cielo cuando persigue a un ciervo o a un jabalí.

Montero 1.º—Luis XIV es fuerte. Se conoce que corre por sus venas la sangre de su abuelo, del gran Enrique IV. Dos caballos ha reventado ya esta mañana, y miradlo; aún va el primero al frente del pelotón, hostigando a la jauría. ¡Es el mejor jinete de Francia!

Montero 3.º — Ahora se vuelve a ver el ciervo: fijaos.

Montero 2.º—Debe empezar a cansarse, porque le van ganando terreno sus perseguidores.

Montero 1.º (*Bajando al centro de la escena.*)—¡Ea! Basta de pereza. ¡A caballo otra vez! Ya sabéis que hay un premio para el primero que clava su cuchillo en la garganta del venado.

Montero 2.º—¡Cualquiera gana ese premio!

Montero 3.º (*Mirando por uno de los caminos.*)—¿Qué gente es esa que viene hacia aquí?

Montero 2.º—Deben ser señores de la comitiva.

Montero 1.º—Pues evitemos que nos vean. Somos monteros de Su Majestad y estamos faltando a nuestro deber al no seguirle en la batida.

Montero 2.º—¡Pero si no pueden las cabalgaduras!

Montero 1.º—Con buenas espuelas no hay malos caballos!

MONTERÓ 3.º—Dice éste bien. Vamos.

TODOS.—Sí, sí. Vamos. (*Vanse por la izquierda.*)

(*Salen la princesa de Carignan, las duquesas de Soisson y de Soubise, la mariscala de la Ferté, Gustavo, el duque de Richelieu, los condes de Guiche y de Lauzun. Todos visten ricos trajes de caza.*)

RICHELIEU.—Por aquí, señoras. Aquí está la encina real.

CARIGNAN.—A buena hora la encontramos. Cuando ya no llueve. (*Viéndola.*)

D. SOISSON.—¿Y este era el refugio que nos ofrecíais, Richelieu?

RICHELIEU.—¿No os parece a propósito?

D. SOUBISE.—¡Espléndido! ¡El hueco de un árbol!

D. SOISSON.—¡Como si fuéramos lechuzas!

GUICHE.—O palomas. También las palomas anidan en los árboles.

D. SOISSON.—Pero no con gavilanes. Y vos queríais que nos guareciéramos los ocho juntos en ese cuchitril...

RICHELIEU.—¿Os figurábais por ventura, querida Duquesa, que en el monte, persiguiendo ciervos y jabalíes, íbamos a encontrar un salón como el vuestro de París?

CARIGNAN.—Tiene razón Richelieu. En el campo, para defenderse de la lluvia, el hueco de una encina es el más poético de los asilos.

MARISCALA.—Pero aquí no caben más que dos personas. (*Asomándose al hueco de la encina.*)

LAUZUN.—Una pareja, ¿verdad? Para eso está hecho. A este árbol se le llamaba antiguamente la encina de los enamorados.

D. SOUBISE.—¡Dios mío... las cosas que habrá visto!

MARISCALA.—Si las contara puede que tuviéramos que taparnos los oídos.

GUICHE. — No seais modesta, Mariscala. Por muchas historias que sepa esa encina... no sabrá tantas como vos.

MARISCALA.—Este Guiche es un impertinente.

CARIGNAN.—Señores, convengamos en que hemos cometido una insigne cobardía abandonando la caza por miedo al chaparrón. Hemos perdido el ver la muerte de ese venado, y el Rey se reirá, con razón, de nosotros, cuando lo sepa.

GUSTAVO.—Soy de vuestra opinión.

LAUZUN.—¿Cómo no habíais de serlo? Vos preferís el bosque a los palacios.

MARISCALA.—Yo creo que el caballero de Villefort odia a la sociedad.

D. SOISSON.—Y a las mujeres.

GUICHE.—Con las aventuras que él no aprovecha habría para hacer la felicidad de cuatro o cinco desdichados.

D. SOISSON.—Pero, ¿vos no amáis?

GUSTAVO. — Según lo que entendáis por amar, Duquesa.

RICHELIEU.—Gustavo no vive en nuestro siglo, señora. El no mariposea por el jardín del amor, como ahora se usa, libando indistintamente en varias flores. Es una especie de caballero andante; de aquellos que ni con el pensamiento eran infieles a su dama; verdaderos dechados de constancia...

MARISCALA.—¿De constancia?

LAUZUN.—Os sorprende la palabreja, ¿verdad, Mariscala?

MARISCALA.—Yo no he dicho...

LAUZUN.—Como que deberían borrarla del vocabulario.

CARIGNAN.—Pero si odiais las intrigas y las aventuras, ¿en qué os divertís, caballero de Villefort?

GUSTAVO.—Yo soy muy fácil de contentar, Princesa. Hace un instante, mientras corríamos ese ciervo, era enteramente dichoso. Ya veis con qué poco me basta para serlo. Con respirar el aire del campo: con regir un caballo brioso; con admirar al Rey de Francia, al frente de ese tropel de hombres ilustres y de mujeres bellas; con ver a un pobre animal, acosado por las jaurías, huyendo ante la flor de la nobleza y de la hermosura de todo un reino; con dejarme, en fin, arrastrar por el turbión de la cabalgata, que corre por el monte, doblando a su paso la maleza como si fuera un inmensa ola de seda, de encajes y de plumas.

D. SOISSON.—¡Bravo por la descripción! ¿Conque también sois poeta?

CARIGNAN.—Ya le diremos a Racine que tiene en vos un compañero.

RICHELIEU.—Mejor será decirlo en el cuarto de las damas de honor de su Alteza. Allí debe encontrar eco su poesía.

D. SOISSON.—¿De las damas de su Alteza?

MARISCALA.—¿De Enriqueta de Inglaterra?

D. SOUBISE.—¡A ver, a ver! Contad eso.

RICHELIEU.—Entre las damas de Su Alteza existe cierta señorita de la Valliere...

CARIGNAN.—¿La Valliere?... No recuerdo...

RICHELIEU.—Una cojita encantadora.

GUICHE.—¡Cómo! ¿Es coja esa señorita?

RICHELIEU.—Apenas se advierte. La Naturaleza le ha dado ese defectillo, porque si no lo tuviera, dejaría de cumplirse la ley que ordena que no pueda encontrarse en lo humano la perfección absoluta.

GUSTAVO.—Teneis razón.

(*Sale Bontems por la izquierda.*)

BONTEMS.—¿Qué es esto, señores? Habéis desertado de la comitiva?

LAUZUN.—Bien venido, Bontems.

GUSTAVO (*Aparte a Guiche.*)—¿Quién es?

GUICHE.—El ayuda de cámara del Rey. ¿No le habeis conocido?

GUSTAVO.—¡Ah! (*Los hombres forman un grupo al lado de la encina, y las señoras otro a la derecha, con Bontems.*)

BONTEMS (*A las señoras.*)—Su Majestad va a disgustarse si se entera de que le habéis abandonado, por temor al chubasco.

CARIGNAN.—No se enterará.

BONTEMS.—El Rey nota en seguida vuestra ausencia.

CARIGNAN (*Con gozo.*)—¿Lo creéis así?

BONTEMS.—Estoy seguro. Ayer mismo me lo estuvo diciendo mientras se vestía: "La Princesa de Carignan es una de las damas más bellas de mi corte."

CARIGNAN (*Muy contenta.*)—¿Eso os decía? ¿De veras? Amigo Bontems, ya sabéis la simpatía que siempre he tenido por vos.

BONTEMS.—Muchas gracias.

D. SOISSON (*Que ha oído lo anterior, dice aparte.*)—¡Aduladora!

BONTEMS (*Dirigiéndose a ella.*)—También para la Duquesa de Soisson tuvo un recuerdo Su Majestad. "Es una mujer encantadora", me dijo.

D. SOISSON (*Contentísima.*)—¿El Rey me llamó encantadora?

BONTEMS.—Y no sabéis la cara que puso para decirlo.

D. SOISSON.—Contádmelo con más pormenores, Bontems. No ignoráis que he sido siempre vuestra amiga verdadera.

D. SOUBISE (*Aparte.*)—¡Fatua!

BONTEMS.—Aun recuerdo sus palabras: Solo hay una mujer en la corte que pueda competir con ella: (*Al ver que la Duquesa de Soubise está molesta, Bontems se separa de la Soisson y dice a la Soubise:*) La Duquesa de Soubise."

D. SOUBISE (*Acercándose muy alegre.*)—¡Queridísimo Bontems! Sois un hombre inapreciable y me explico el afecto con que el Rey os distingue.

MARISCALA (*Ofendida como las anteriores.*)—¡Pues yo no! ¡Vaya un grosero!

D. SOUBISE. — ¿Conque Su Majestad os dijo?...

BONTEMS.—Me dijo así: (*Mirando a la Mariscala.*) "La Duquesa sería la mujer más hermosa de mi reino, si no viviera en Francia... (*Concluyendo la galantería al lado de la Ferté.*) la Mariscala de la Ferté."

MARISCALA (*Acercándose a Bontems.*) — ¿Yo? Señor Bontems, espero que en lo sucesivo me daréis el gusto de frecuentar mi amistad y mi trato.

BONTEMS (*Con malicia.*)—¡Vamos, no han quedado descontentas!

GUICHE (*En el grupo que forman los hombres a la izquierda.*)—¡Oh, poder maravilloso de quitarle las botas a Su Majestad! Las cuatro nos dejan por el ayuda de cámara. (*Siguen hablando.*)

CARIGNAN (*Rodeando con las otras señoras a Bontems.*)—Decidnos, Bontems. Vos debéis saber cuanto el Rey piensa. (*En tono afectuoso.*)

D. SOISSON.—¡Como que para él no tiene secretos!

MARISCALA.—¿Es verdad que el Mariscal, mi esposo, va a ser nombrado Duque?

CARIGNAN.—¡Qué cosas preguntáis, señoras! Su Majestad no hablará con Bontems de esos asuntos, sino de otros más interesantes, más íntimos...

D. SOISSON.—De los que afectan el alma.

CARIGNAN.—Vamos, sed franco, amigo mío. ¿Quién ocupa ahora el corazón de Su Majestad?

D. SOISSON.—Sí, sí. ¿A quien ama el Rey?

TODAS.—Sí. ¿A quién ama?

BONTEMS.—A nadie.

CARIGNAN.—¿A nadie? ¡Eso no es posible!

MARISCALA.—Queréis engañarnos...

BONTEMS.—Os digo la verdad. Su Majestad tiene aventuras, galanteos, caprichos de un día, pero no amores que merezcan tal nombre. ¡Oh, cuando el Rey ame de veras!... ¡La que se abra camino hasta su corazón, será la dueña de Europa!

D. SOUBISE.—¡Es natural!... ¡A los veintidós años!

D. SOISSON.—¡Sentado en el primer trono del mundo!

CARIGNAN.—¡Sediento de gloria y de placeres!

MARISCALA.—Bontems, espero que si encontráis ocasión no dejaréis de hacer presente a Su Majestad mi gratitud por su benevolencia conmigo.

CARIGNAN (*Con rapidez.*)—El mismo encargo iba yo a haceros.

D. SOISSON.—¡Y yo!

D. SOUBISE.—¡Y yo!

RICHELIEU (*Se acerca al grupo de señoras y dice con retintín.*)—Vaya, vaya señoras; no detengamos más a Bontems: Acaso el rey espera. El es buen entendedor, y ya se habrá hecho cargo de lo que deseais las cuatro.

BONTEMS (*Con picardía.*)—Sí señor; lo he entendido perfectamente. (*Se separa de ellas.*)

CARIGNAN (*A Richelieu.*)—¿Por qué nos habeis interrumpido, Richelieu? Estábamos entretenidas...

RICHELIEU.—Para daros un consejo, si me lo permitís. No descubráis tanto vuestro juego.

CARIGNAN.—¡Sois un insolente, amigo mío! (*Sale el Montero 1.º*)

MONTERO 1.º (*A cuatro hombres que llevan un ciervo muerto.*)—¡Llevadlo con cuidado! Procurad que no arrastre la cabeza.

GUSTAVO.—¿Qué es eso?

LAUZUN.—Un ciervo muerto.

GUICHE.—¡A ver; a ver!

MONTERO 1.º—Ahora mismo acaba de morir. (*Dejan el ciervo en el suelo y todos se acercan a verle.*)

GUSTAVO.—Este es el que íbamos persiguiendo cuando nos separamos de la comitiva.

LAUZUN.—¡Qué pequeño es! (*Con desprecio.*)

GUICHE (*Idem.*)—¡Sí, está muy flaco!

RICHELIEU (*Lo mismo.*)—Y la cabeza tampoco tiene nada de particular.

MONTERO 1.º.—Eso mismo dijo Su Majestad cuando le clavó el cuchillo. (*Sorpresa en todos.*)

RICHELIEU.—¡Ah! ¿Pero ha muerto a manos del Rey?

MONTERO 1.º—¡Sí, señor!

LAUZUN (*Acariciando el ciervo y muy grave.*)—No; pues fijándose bien en él no parece tan pequeño!

GUICHE (*Lo mismo.*) — Como que es un ciervo bastante gordo.

RICHELIEU.—¡Y la cabeza... La cabeza sobre todo es muy hermosa! ¿No pensáis lo mismo, Gustavo?

GUSTAVO (*Sonriendo.*)—Yo pienso... que gana mucho un ciervo, cuando muere a manos de un monarca.

MONTERO 1.º—Con vuestro permiso, señores. Vamos a llevarlo al carro en que están los otros. (*Vanse por la izquierda el Montero y los mozos.*)

RICHELIEU.—Id enhorabuena... y otra vez no olvideis decir que ha sido Su Majestad quien ha matado al ciervo, antes de que se emitan opiniones sobre su tamaño.

LAUZUN (*Mirando a lo lejos.*)—¡Señores, señores: el Rey se acerca!

CARIGNAN.—Sí; viene con Madame y todo su séquito.

D. SOISSON.—¿Se habrá acabado la cacería?

RICHELIEU. — Aún es temprano. Querrá solo dar un descanso a la gente.

(*Salen Luis XIV, Enriqueta de Inglaterra, el Duque de Saint-Agnan, Damas, Caballeros, Monteros y Batidores por la derecha. Todos se descubren a la presencia del Rey hasta que éste con una seña les indica que se pongan los sombreros.*)

LUIS (*A Enriqueta a quien trae de la mano.*)—Aquí están los fugitivos, hermana mía. ¿Qué castigo les imponemos?

ENRIQUETA.—Alguno muy grande si ha de ser proporcionado al delito. Abandonar al Rey en plena batida por temor a un chubasco es una falta imperdonable.

RICHELIEU (*Al Rey.*)—Señor debo advertir a Vuestra Majestad...

LUIS (*Interrumpiéndole.*)—Y en quien lleva vuestro nombre, más imperdonable aún, señor Duque de Richelieu. Vuestro tío el Cardenal, no abandonó nunca a mi padre.

RICHELIEU.—Como yo no abandonaría a Vuestra Majestad si se tratara de ir contra sus enemigos o los de Francia. Pero ahora se trataba solo de perseguir a un pobre venado.

LUIS.—No está mal la disculpa y os perdono por el ingenio; pero convengamos en que es una ignominia que una Princesa extranjera haya venido a enseñar a las damas y a los caballeros franceses, cómo se resiste un chaparrón a caballo.

GUICHE (*Con galantería.*)—Señor: las damas y los caballeros de vuestra corte no sienten rubor al verse vencidos por una Princesa que no tiene rival, ni en discreción, ni en hermosura.

LUIS. — Vamos, Enriqueta: confesad que mis cortesanos serán malos cazadores, pero son galantes por lo menos.

ENRIQUETA.—Aprenden a serlo de Vuestra Majestad, que es el primer caballero de Francia.

LUIS.—Vos si que sois la más encantadora de las mujeres.

D. SOUBISE (*A las otras damas.*)—Observad cómo la mira.

D. SOISSON (*Idem.*)—Y no se ha separado en todo el día de ella.

CARIGNAN (*Lo mismo.*)—Madame es la preferida, sin duda.

MARISCALA.—Pues hay que despertar los celos de Monsieur.

CARIGNAN.—¡Buen cuidado se le da a Felipe de eso!

LUIS (*A Enriqueta.*)—¿Os gusta el bosque de Fontainebleau, hermana mía?

ENRIQUETA.—Lo encuentro digno de Vuestra Majestad. Con eso lo digo todo.

LUIS.—Y no echais de menos en mi corte las grandezas de la de vuestro hermano?

ENRIQUETA.—Yo he vivido en Francia mucho tiempo, señor; ya lo sabéis. Además, las brumas de Inglaterra me entristecen, mientras que el sol de mi nueva patria me llena de alegría.

LUIS.—Si mi poder llegara hasta él, lo mandaría pararse en el horizonte para que siempre estuviérais recibiendo sus rayos. El Rey de Francia desea que la que acabais de llamar vuestra nueva patria os sea agradable, y no perdonará medio de conseguirlo. Las liras de mis poetas cantarán vuestra hermosura; los pinceles de mis pintores robarán tintas a la aurora para trasladar al lienzo vuestro rostro; mis palacios se vestirán de gala para recibiros, y yo haré que la primavera se detenga todo el año en mis jardines, para que nunca falten flores que puedan serviros de alfombra. Y si aún no os basta con eso; si aquellas brumas de Inglaterra que os entristecían están muy presentes a vuestros ojos y no alcanza la luz de Francia a desvanecerlas, para que no os quede de ellas ni el recuerdo, recurriré a mi suegro el Rey de España y le pediré prestado un rayo de su sol y un trozo de su cielo. (*Los cortesanos comentan con satisfacción lo dicho por el Rey.*)

ENRIQUETA.—Señor, no necesita Vuestra Majestad recordarme con tanta frecuencia que estoy en la tierra de la galantería. (*Mirando a los grupos de señoras.*) Pero, ¿qué ha sido de mis damas? ¿No vino alguna de ellas conmigo?

SAINT-AGNAN.—Dos acompañaban a Vuestra Alteza hace poco.

ENRIQUETA.—¿Y dónde están?

SAINT-AGNAN.—Lo ignoro, señora.

GUSTAVO.—Yo he visto a las señoritas de la Valliere y de Artigni separarse de la comitiva cuando arreciaba la tempestad, y buscar refugio bajo un árbol.

LUIS.—Hermana mía, puesto que os cuesta trabajo, por lo que veo, perdonar la falta de estos señores, voy a proponeros un medio de que la castiguemos como merece.

ENRIQUETA.—¿Cuál es?

LUIS.—Obliguémoslos a montar de nuevo a caballo. (*Los cortesanos muestran unos con otros el disgusto que les produce, pero de manera que pase inadvertido para el Rey.*)—Si no estais fatigada, podemos dar la última batida.

ENRIQUETA.—Acepto con placer.

LUIS.—Ya lo oís, señores, Saint-Agnan, que se dispongan de nuevo los monteros y las jaurías y que acerquen los corceles. (*Saint Agnan da la orden a un montero que está en*

uno de los montecillos de la escena. Este toca una trompa, a la que siguen otras más lejanas; óyense ladridos de perros. Mucha animación.) Venid Enriqueta. (*La da la mano.*) Seguidnos todos. (*Vase por la derecha, con todo su séquito, menos Gustavo y Richelieu.*)

RICHELIEU.—¿No venís, Gustavo?

GUSTAVO (*Mirando hacia la izquierda con interés.*)—Sí, voy; voy al momento.

RICHELIEU.—El Rey va a disgustarse si no le seguimos.

GUSTAVO.—Id delante. Yo os alcanzaré.

RICHELIEU.—Pero, ¿qué miráis con tanta insistencia? (*Fijándose.*) ¡Ah, vamos, ya me lo explico! ¿No es la señorita de la Valliere la que viene por allí?

GUSTAVO.—La misma.

RICHELIEU.—Pues despachad pronto con ella. No olvideis que sois cortesano, aunque seais amante.

GUSTAVO.—Amante... desdeñado. Ya sabeis que Luisa no me ama.

RICHELIEU.—Lo cual no es obstáculo para que vos la ameis a ella cada vez más rendidamente. ¡Pobre Gustavo! ¿Cuándo bajareis de las nubes para vivir en el mundo?

GUSTAVO.—Cuando vos me presteis vuestro carácter.

RICHELIEU.—¡Ojalá pudiera! Pero ella se acerca. No quiero interrumpir vuestro coloquio. Abreviadlo y no incurrais en el enojo del Rey.

GUSTAVO.—Descuidad. Antes de cinco minutos os habré alcanzado. (*Vase Richelieu.*)

(*Salen Luisa y Laura por la izquierda.*)

LAURA (*Hablando con Luisa.*)—Ya verás cómo es aquí cerca donde se quedaron las carrozas. (*Viendo a Gustavo.*) ¡Ah! ¿Sois vos, caballero de Villefort?

GUSTAVO (*Descubriéndose.*)—Sí, yo, que os esperaba para deciros que Madame ha notado vuestra ausencia.

LUISA.—¿Ves lo que te decía? (*A Laura.*)

LAURA. — ¿Qué remedio quedaba? Seguir corriendo a caballo en medio de aquel diluvio era una locura.

GUSTAVO.—No penseis ya en lo pasado. Ahora se está organizando la última batida. Montad de nuevo y juntémonos a los demás. Yo os acompañaré.

LUISA.—¡Imposible!

GUSTAVO.—¿Cómo imposible?

LAURA.—Hemos dejado nuestros caballos muy lejos de aquí.

LUISA.—Como que creíamos que se había acabado la cacería.

GUSTAVO.—Es una contrariedad; pero, en fin, no os preocupeis tampoco. Yo trataré de disculparos si Su Alteza os echa de menos nuevamente.

LUISA.—¡Qué bueno sois, Gustavo!

GUSTAVO.—Sabeis que por vos todo lo hago con gusto.

LUISA.—Ya lo sé, amigo mío.

GUSTAVO (*Con intención.*)—Puesto que no quereis darme otro nombre, con el de amigo me contento. (*Saluda y vase por la derecha.*)

LAURA.—Luisa, tienes mal corazón.

LUISA.—¿Por qué me dices eso?

LAURA.—Porque el pobre Gustavo está loco por ti.

LUISA.—¿Y acaso no soy yo la primera en lamentarlo?

LAURA.—Es que en lugar de lamentarlo, deberías corresponder a su cariño.

LUISA.—¡Ojalá pudiera!

LAURA.—No debe ser cosa tan difícil amar a un hombre joven, gallardo, rico...

LUISA.—Laura, empeñarse en querer cuando no se quiere, es tan absurdo como obstinarse en dejar de amar cuando se ama.

LAURA.—¡Vaya unas bachillerías que has aprendido en Tours!

LUISA.—El amor es lo mismo en Tours que en todas partes. Es inútil buscar lógica en él. No se interesa el corazón por quien nos adora; resiste el alma insensible al ruego y a las lágrimas del que se postra a nuestros pies, y luego, de repente, al pasar junto a un desconocido, que ni siquiera nos mira cuando pasa, se van tras él los ojos y la voluntad, y una voz misteriosa nos dice al oído: "A ese, a ese solo has de amar mientras vivas." Toda mi existencia no bastaría—¿verdad?—para que yo derribase ese árbol. Pues ya ves tú, viene el rayo y de un golpe lo derriba. El amor es el rayo. Hace pronto su camino.

LAURA.—Acaso tengas razón.

LUISA.—El amor es como un niño mal criado, que no se aviene con lo que le dan y se obstina en conseguir lo que le niegan.—"Ese hombre te ama; es noble, es rico; nada se opone a que le correspondas"—te dicen. Y contesta el corazón:—"¡Yo no le quiero!"—"En cambio, ese otro—te repiten todos—no será nunca para ti; no te amará jamás; no debes pensar en él ni un momento..."—Y el corazón rebelde dice en seguida:—"Pues ese es el que yo necesito para ser feliz."—Créeme, Laura mientras haya imposibles habrá en el mundo enamorados.

LAURA.—¿Y tú lo estás, verdad?

LUISA.—¿Yo?

LAURA.—¡Claro! Tu modo de hablar lo revela.

LUISA.—Pues haces mal en presumirlo.

LAURA.—En vano me lo ocultas. ¿Conque esas tenemos?

LUISA.—Te ruego que no vuelvas a insistir.

LAURA.—Será algún galán que habrás dejado en Tours. Por eso estás triste en la corte. Desearás abandonarla, sin duda.

LUISA.—Al contrario. Me mataría quien me sacase de ella ahora.

LAURA.—Entonces está aquí el galán. Tú misma te vendes.

LUISA (*Con rubor.*)—Pues bien, sí; aquí está. Lo has acertado.

LAURA.—¡Al fin confiesas!

LUISA.—Sí, Laura, sí; ya no me cabe el secreto en el corazón. Oyélo tú, que eres mi única amiga. Amo a un hombre... Pero digo mal: estoy profanando mi sentimiento. Ni él es un hombre, ni yo le amo. El es casi un Dios para mí, y yo le adoro como si lo fuera.

LAURA.—¿Y quién es ese dichoso mortal?

LUISA.—Eso no lo sabrás nunca... ¡nunca!

LAURA.—¿Por qué?

LUISA.—Porque no es posible. No me vuelvas a preguntar.

LAURA.—Pues ni que se tratara de un crimen.

LUISA.—Acaso lo sea.

LAURA.—Nunca es delito amar. Vamos, sé franca. ¿Quién es ese hombre? ¿Es Guiche? ¿Es Lauzun?

LUISA.—No, no es ninguno de esos.

LAURA. — ¿Tal vez el duque de Saint-Agnan?

LUISA (*En tono suplicante.*)—Por Dios te pido que no me lo preguntes. Yo no tengo la culpa de amarle. Mi corazón no consultó a mi voluntad para rendirse a él por completo; pero aunque así sea, sólo con decir en alta voz a quién me atrevo a amar, sería tan grande mi audacia que tú misma te espantarías.

LAURA (*Mirándola fijamente.*) — Luisa... ¡tú amas al Rey!

LUISA (*Temerosa y avergonzada.*)—¡Oh!... ¡Calla, calla!

LAURA.—¡Pobre amiga mía! ¡En quién has ido a poner los ojos! (*En este momento empieza a llover gradualmente, para que cuando lo indica el diálogo sea un fuerte chaparrón.*)

LUISA.—En el sol, ¿verdad? Por eso he cegado. Muchas veces me pregunto a mí misma: ¿adónde vas, insensata? ¿Por qué acaricias ese sentimiento? ¿Quién eres tú para amar al Rey? El, cuyas miradas se disputan todas las princesas del mundo, ¿iría a fijarlas en ti, pobre provinciana, recién salida de tu rincón? Pero también me digo a veces para consolarme: "Es que yo le amaría más que ninguna." Otras buscarían en él la gloria, el poder, la grandeza. Yo no buscaría más que su corazón; yo le diría: "Tirad esa corona: vuestra frente, para ser hermosa, no la necesita. Dejad de ser Rey; no por eso dejaréis de ser el mancebo más gallardo de Francia. Bajad de ese trono; quien no os busque sino porque os sentais en él, no es digna de amaros." (*Llueve con más fuerza.*)

LAURA.—Todo eso está muy bien, mi querida Luisa; pero tú no te fijas, embebida en tu relación, en que ha empezado a llover con violencia y va a caer el diluvio, a juzgar por lo negro de esa nube que avanza.

LUISA.—¿Y qué quieres que hagamos?

LAURA. — Buscar el refugio que tenemos bien cerca: el hueco de ese árbol.

LUISA (*Fijándose en la encina.*)—¡Ay! ¡Es verdad!

LAURA.—Entremos pronto. (*Entran y se sientan en el banco.*)

LUISA.—¡Qué bien está esto!

LAURA.—Vamos, sigue contándome cómo nació ese amor. (*Sigue hablando.*)

(*Salen el Rey y Saint-Agnan que vienen huyendo del chubasco.*)

LUIS (*Mientras llega.*)—Esta vez no hubo remedio, Saint-Agnan. Era demasiado fuerte el chaparrón y tuve que dar la voz de "Sálvese el que pueda."

SAINT-AGNAN.—Las damas han buscado refugio en las carrozas.

LUIS.—Y nosotros lo encontraremos en la encina real, que es esa, si no me engaño. Ven. (*Se acerca al árbol y retrocede al verle ocupado.*) ¿Eh? ¿Qué es esto? Ahí dentro hay gente.

SAINT-AGNAN (*Mira con precaución.*)—Sí; hay dos mujeres.

LUIS.—¿Quienes son? ¿Las has conocido?

SAINT-AGNAN.—No, señor.

LUIS.—¿Qué hacen?

SAINT-AGNAN.—Están hablando. 4

LUIS.—Pues calla y escuchemos.

SAINT-AGNAN.—Pero va a mojarse Vuestra Majestad.

LUIS.—No tengas cuidado. Las ramas de la encina nos tapan lo suficiente, y además, bien puede sufrirse un chaparrón por oir lo que dicen dos mujeres que no saben que las escuchan.

LAURA (*A Luisa.*)—¿Y tú no le habías visto nunca antes de venir a la corte?

LUISA.—Nunca. El Rey era para mí, criada lejos del mundo, un ser sobrenatural: el elegido y el representante de Dios en la tierra. Figurábamelo yo como un hombre distinto de los demás, cuya presencia inspiraría veneración, pero miedo al mismo tiempo. Por eso fué mayor mi sorpresa al encontrarme con ese joven apuesto, valeroso, inteligente, que atrae las miradas y subyuga los corazones.

SAINT-AGNAN (*Bajo al Rey.*)—Están hablando de Vuestra Majestad.

LUIS.—Y bastante bien, por cierto. Calla.

LUISA.—Yo no acertaba a explicarme qué clase de sentimiento era el que me arrastraba hacia él; pero buscaba á todas horas su presencia; me quedaba absorta contemplándole; espiaba su paso por todas partes. Muchas veces falté a mi servicio con Su Alteza solo por la esperanza de verle cruzar por el jardín o por las galerías.

SAINT-AGNAN.—A lo que parece es una de las damas de la Princesa.

LUIS.—Es curiosa la aventura. No siempre es verdad que el que escucha su mal oye.

LUISA.—Yo no sabía lo que era amar. Nunca había amado. Pero por mucha que fuera mi ignorancia sobre ese sentimiento, bien pronto me convencí de que era amor lo que sentía, porque una mañana, después de un cueño encantador...—¡Figúrate que había soñado que me paseaba del brazo del Rey, cogiendo flores por una alameda!—me desperté diciendo en alta voz, yo que nunca había pronunciado semejante palabra: ¡Luis, os amo!"

LUIS.—¡Me ama! (*Con asombro.*)

SAINT-AGNAN.—¡Silencio, señor! Si nota vuestra presencia nos quedaremos sin saber el fin de la historia.

LAURA.—Pues es preciso que trates de olvidar ese amor, del que no puedes esperar más que tu desgracia.

LUISA.—¿Y acaso amo yo al Rey porque pretenda ver mi afecto correspondido? No, Laura, no. Si yo supiera que Luis XIV ha-

bía de compartir conmigo su vida y su trono, no le amaría más de lo que le amo; como tampoco le querría menos por saber que mi pasión había de proporcionarme las más crueles torturas.

LUIS (*Nervioso.*)—¡Yo no espero más, Saint-Agnan!

SAINT-AGNAN.—Un momento, señor; un momento todavía.

LUISA.—Mi única pena es pensar que él no sabrá nunca el sentimiento que me inspira. Yo daría por bien pagadas todas mis amarguras, con que más adelante, cuando nadie pudiera atribuir miras interesadas a mi declaración, un momento antes de morir yo, el Rey supiera cuánto le he amado!

LUIS (*Presentándose delante del hueco de la encina.*)—El Rey lo sabe ya, señorita.

LUISA (*Asustada.*)—¡Jesús! (*Se levanta y sale fuera.*)

LAURA.—¡Dios mío! (*Lo mismo.*)

LUIS.—Lo sabe y lo agradece.

LUISA (*Muy bajo y sin levantar la vista del suelo.*)—¿Nos ha oído Vuestra Majestad?

LUIS.—Duque, acompañad a esta señorita a su carroza. (*Por Laura. Luisa se dispone a seguirla y el Rey la detiene.*) Vos esperad: os lo ruego.

SAINT-AGNAN.—Venid. (*Vase con Laura por la derecha.*)

LUISA. — ¡Perdón, señor, perdón! (*Muy turbada.*)

LUIS.—¿Qué tengo que perdonaros?

LUISA.—Mi atrevimiento. Olvídelo Vuestra Majestad y permítame salir hoy mismo de la corte.

LUIS.—¿Queréis abandonarme?

LUISA (*Queriendo arrodillarse.*)—De rodillas se lo pido a Vuestra Majestad.

LUIS (*Impidiéndoselo.*)—Alzad, por Dios, del suelo.

LUISA.—Dejadme, señor; os lo suplico. Después de lo que habéis oído, no debo permanecer en vuestra presencia... La vergüenza me ahoga... me siento desfallecer. (*Vacila.*)

LUIS (*Sosteniéndola.*)—Calmaos, señorita, y permitidme que os sostenga.

LUISA (*Con amor y miedo.*)—¿Yo, en vuestros brazos?

LUIS.—¡Volved en vos! Recobraos.

LUISA.—Señor... ¿Qué pensaréis de mí?

LUIS.—¡Que sois un ángel!

LUISA.—El Rey no puede perdonar mi osadía.

LUIS.—El Rey de Francia no os ha escuchado; os lo aseguro. Vuestras palabras las ha oído únicamente Luis; el hombre de quien hablábais con tanta benevolencia hace poco. ¿No me creéis bastante caballero para saber guardar el secreto de una dama?

LUISA.—Considero a Vuestra Majestad como el más generoso de los hombres.

LUIS.—Pero os estáis mojando. Permitid que os defienda de la lluvia con mi sombrero. (*Hace lo que dice.*)

LUISA.—Por Dios, señor, yo no merezco...

LUIS.—¿Cómo os llamáis?

LUISA.—Luisa de la Valliere, señor.

LUIS.—¿Vivís en la Corte?

LUISA.—Hace dos meses que entré en ella, al servicio de Su Alteza.

LUIS.—¿Dónde habitabais antes?

LUISA.—En Tours.

LUIS.—¿Sois provinciana?

LUISA.—Vuestra Majestad debió adivinarlo. ¿Quién sino una provinciana, educada lejos del mundo, se hubiera atrevido a decir eso... (*Turbada.*) que el Rey ha tenido la generosidad de no escuchar?

LUIS (*Conduciéndola al hueco de la encina donde se sientan.*)—El Rey, acostumbrado a la lisonja, pero no a la franqueza, ha necesitado que una tempestad le obligue a buscar refugio en una encina, para que llegue a sus oídos la verdad, dicha por una boca encantadora.

LUISA.—Señor... ¿Aún recordáis?

LUIS.—¿Queréis que tan pronto olvide la ventura que os debo?

LUISA.—¿Que vos me debéis?

LUIS.—El mayor bien de mi existencia. El poder y la gloria tienen, sin duda, goces muy grandes, pero tienen también espinas que se clavan hondamente en el alma, y yo, desde las alturas de mi trono, siento a veces envidia hacia el último de los mendigos. La más pobre de las criaturas, el más ruin de los seres, precisamente por serlo, tienen la seguridad de ser amados de veras. ¿Quién va a engañar por cálculo o por ambición a quien no puede pagar generosamente el engaño? (*Cesa la lluvia.*)

LUISA.—¿Vuestra Majestad duda de poder ser amado?

LUIS.—Lo he dudado hasta hoy y no sabéis cuán dolorosa es esa duda. La mirada ardiente, la frase apasionada, la misma caricia que enciende la sangre y embriaga el corazón, se convierten en martirio cuando la sospecha las envenena y se pregunta el que las recibe: "¿Soy yo, o es mi poder quien inspira ese afecto?... ¿Me aman por mí o por lo que de mí esperan?..." Creedme: a la hora de amar estorba la corona.

LUISA.—Pero Vuestra Majestad no debe de pensar en eso. ¿Quién hay más digno que vos de ser amado?

LUIS.—Yo no sé si lo merezco; sé únicamente que hasta hoy no he tenido la certeza de serlo. Por eso os decía que os debo el mayor bien de mi vida. Mientras os escuchaba, hace poco, sin que vos lo supiéseis, era enteramente feliz. Se desvanecía esa duda que siempre me atormenta. Pensaba oyéndoos: "¡Quien habla de ese modo me ama a mí; no ama al Rey!" Y sentía un placer inexplicable; el placer que debe sentir el viajero que atraviesa un arenal, sin esperanza de calmar su sed, y encuentra de pronto un manantial de agua cristalina. Sin embargo, mi felicidad no era completa. Os escuchaba, pero no os veía. Respiraba el perfume, pero no contemplaba la flor... y vos sabéis que, a veces, no suelen ser las más hermosas las flores que exhalan aromas más preciados... Pero os vi, al fin,

y disiparon mi temor los rayos de vuestra hermosura, porque me dije al contemplar vuestro rostro hechicero: "El perfume es digno de la flor: la flor es digna del aroma."

LUISA.—Señor, por piedad, no sigáis...

LUIS.—¿Os disgusta escucharme?

LUISA.—Al contrario. Temo al encanto de vuestra voz.

LUIS.—Decidme una palabra, una sola, la que pronunciásteis aquella mañana cuando os despertásteis soñando conmigo. ¿La recordais?

LUISA.—¿Que si la recuerdo? ¡Pero si yo no hago otra cosa que repetirme esa palabra!... ¡Si ahora mismo está empujando y luchando en mi corazón para que la deje salir a mi boca!

LUIS.—Pues no la cerréis el paso.

LUISA.—Idos, señor, dejadme...

LUIS (*Levantándose y saliendo fuera de la encina.*) — ¿Me despedís? (*Ella se levanta también.*) ¿No queréis decirme que me amais? Razón tenía yo al afirmar que envidiaba al último de mis vasallos.

LUISA (*Con vehemencia.*)—¡No... eso no! Ni en vuestro reino, ni en el mundo entero, podrá decir nadie que es más querido que lo sois vos. ¿Me pedís que os repita aquella frase que el amor arrancó a mis labios sin que yo misma la comprendiera? Os la repetiré.—Acaso me desprecieis después de oirla; pero ¿qué importa? Vos lo mandáis: debo obedecer. Si eso os da un solo momento de felicidad, bien pagado está con él mi sacrificio. ¡Pero que no me oiga el Rey; que me oiga sólo Luis... (*En voz baja y con amor.*) el hombre con quien tanto he soñado!...

LUIS.—¡Luis te oye solamente!

LUISA.—Pues bien, Luis, ¡te amo! (*Cae desvanecida en los brazos del Rey.*)

LUIS.—¡Luisa! ¡Luisa! ¿Eh? ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis? ¡Se ha desmayado! ¡Está fría! (*Gritando.*) ¡Socorro! ¡A mí! ¡Al Rey! ¡Nadie me oye!

(*Salen Saint-Agnan y Laura.*)

SAINT-AGNAN (*Precipitadamente.*) — ¿Qué ocurre, señor? Me han alarmado las voces de Vuestra Majestad.

LUIS.—Ayúdame, Saint-Agnan.

SAINT-AGNAN.—¿Se ha puesto mala la señorita de la Valliere?

LUIS.—Ya lo ves. Se ha desmayado.

LAURA.—¡Luisa! ¡Luisa! (*Luisa empieza a volver en sí.*)

LUIS.—¿Cómo os sentís, Luisa? ¿Estáis mejor?

LUISA.—Ya estoy bien.

SAINT-AGNAN.—Disimulad, señor; aquí viene toda la comitiva. (*Por el camino de la derecha.*)

(*Salen Enriqueta, las duquesas de Soisson y de Soubise, la princesa de Carignan, la mariscala de la Ferté, el duque de Richelieu, Gustavo, los condes de Guiche y de Lauzun, Bontems, Damas, Caballeros, Monteros y Batidores.*)

RICHELIEU (*Saliendo.*)—¿Vuestra Majestad ha pedido socorro?

ENRIQUETA.—¿Qué sucede? (*Salen todos y forman varios grupos.*)

LUIS.—Nada ya, por fortuna. Me alarmé porque esta señorita sufrió un desvanecimiento.

ENRIQUETA.—¿La señorita de la Valliere? (*Con desdén.*) No valía la pena de que se preocupara tanto por eso Vuestra Majestad.

LUIS (*Secamente.*) — Siento no estar de acuerdo con vos, hermana mía. De tal modo me preocupa, que para evitarla nuevas molestias, en este momento doy por terminada la cacería y dispongo nuestra vuelta a Palacio. (*Movimiento de sorpresa en los cortesanos.*)

ENRIQUETA (*Picada.*)—Ignoraba, señor, que os interesáseis de esa manera por la salud de mis damas.

D. SOUBISE (*A las otras señoras.*)—¿Pero, quién es esa joven?

D. SOISSON (*Con desprecio.*)—Una provinciana.

MARISCALA (*Lo mismo.*)—Una desconocida.

ENRIQUETA (*Al Rey.*)—Puesto que regresamos a Palacio, espero que Vuestra Majestad me hará el honor de acompañarme de nuevo.

LUIS.—Dispensadme, Enriqueta. Ahora no me es posible. (*A Luisa.*) Señorita, ¿queréis aceptar un sitio en mi carroza? El Rey os lo ruega.

LUISA.—¡Señor!... (*Sin saber qué decir.*)

LUIS. — ¿Aceptáis, verdad? (*Asombro en los cortesanos.*) Voy yo mismo a avisarla para tener el placer de serviros. (*Varios caballeros se disponen a avisar la carroza; pero el Rey los detiene diciendo:*) Que nadie se mueva: quiero ser yo. (*Sale el Rey por la derecha. Cuadro.*)

D. SOISSON (*A las otras damas y muy picada.*)—¡Qué escándalo!

CARIGNAN (*Lo mismo.*)—¡Dispensar ese honor a una jovenzuela!

MARISCALA (*Lo mismo.*)—¡Nunca nos ha hecho a nosotras distinción semejante!

ENRIQUETA (*A Luisa con ironía.*)—Sea enhorabuena, señorita. Nunca sospechaba que tuviéseis ese ascendiente sobre Su Majestad.

LUISA (*Con gran turbación.*)—Señora... Vuestra Alteza...

ENRIQUETA (*Subrayando mucho la frase.*) No os disculpéis. Pensad únicamente que parecería en mí necia presunción, seguir teniendo a mi servicio damas que gozan de tal valimiento en la Corte.

LUISA.—¿Me despedís? (*Enriqueta la vuelve la espalda. Los cortesanos se irán acercando a Luisa como marca el diálogo; y con tono de adulación y fingiendo disimulo como para que no se enteren unos de lo que hacen los otros la dicen lo que sigue.*)

LAUZUN (*A Luisa.*)—Señorita, ¿me permitís que os ofrezca mis respetos?

GUICHE.—Quiero ser el primero que ponga el homenaje de mi admiración a los pies de vuestra hermosura.

RICHELIEU.—Yo también quiero apresurar-

me a ofreceros mi amistad, que espero no rechazaréis.

BONTEMS (*Que está detrás de Luisa, dice a su oído.*)—Yo soy Bontems, señorita. Ya sabéis... El criado y el confidente de Su Majestad. Os felicito. Contad conmigo.

GUSTAVO (*Se acerca a Luisa y la dice con energía.*)—Yo, Luisa, me acerco también a vos, no a felicitaros sino a pediros una gracia.

LUISA.—Decid.

GUSTAVO. — No subáis a la carroza del Rey. Creedme. Hay distinciones que en lugar de dar honra la quitan.

LUISA.—Gustavo...

GUSTAVO.—No os lo pido en nombre de mi amor, ya sé que no tengo ese derecho. Os lo ruego por vuestro bien. (*Se separa de ella.*)

LUIS (*Entrando de nuevo.*)—La carroza nos espera. (*Tendiendo la mano a Luisa.*) Venid.

LUISA (*Vacilando.*)—Señor...

LUIS (*Con sorpresa.*)—¿Os negáis a venir conmigo?

LUISA (*Decidiéndose y dándole la mano.*) —¡Oh, no! (*Los cortesanos murmuran unos con otros. El Rey lo nota y los dirige una mirada que los hace callar.*)

LUIS.—Saint-Agnan, acompañad a Su Alteza. Seguidnos todos. (*Vanse el Rey y Luisa por la derecha seguidos de toda la comitiva, que comenta lo ocurrido. Cuadro. Mientras salen todos, Bontems se acerca a las señoras que estarán cuchicheando y trayéndolas al centro de la escena, las dice con misterio.*)

BONTEMS. — Señoras mías, ¿recordáis lo que antes os dije?

D. SOUBISE.—¿Lo que nos dijisteis?

BONTEMS.—Sí; que cuando el Rey llegara a amar, la elegida de su corazón sería la dueña de Europa.

MARISCALA (*Con disgusto.*)—¿Para qué nos recordáis eso?

BONTEMS.—Para deciros que ya tenemos soberana.

D. SOISSON.—¡Ya lo creo que la tenemos! (*Con intención.*)

CARIGNAN.—Su Majestad la Reina.

MARISCALA.—María Teresa.

BONTEMS (*Con malicia.*)—No. María Teresa es... la mujer de Luis XIV.

D. SOISSON.—¿Entonces la señorita de la Valliere?...

BONTEMS.—¡Es la reina de Francia! (*Vanse detrás de todos; ellas haciendo gestos de asombro y Bontems sonriéndose. Cae el*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Gran salón en el palacio del Louvre, espléndidamente iluminado. A la derecha, una mesa con tapete; al lado, varias sillas. En primer término izquierda, sofá, y en segundo un centro, rodeado de sillas. Además del alumbrado de la decoración, habrá sobre la mesa y el centro grandes candelabros. En la izquierda una puerta. En tercer término, gran rompimiento.

LUIS XIV, LUISA DE LA VALLIERE, ENRIQUETA DE INGLATERRA, ATENAIDA (*Marquesa de Montespán*), LAS DUQUESAS DE SOISSON *y de* SOUBISE, LA PRINCESA DE CARIGNAN, LA MARISCALA DE LA FERTÉ, LAURA DE ARTIGNI, LOS DUQUES DE SAINT-AGNAN *y* DE RICHELIEU, LOS CONDES DE GUICHE, DE LAUZUN *y* DE RIEUX, GUSTAVO DE VILLEFORT, DAMAS *y* CABALLEROS. *Todos con ricos trajes de corte. Al levantarse el telón están colocadas cuatro parejas en disposición para empezar a bailar una pavana. Estas parejas son Luis XIV y la Marquesa de Montespán. El duque de Richelieu y Luisa de Valliere. El Duque de Saint-Agnan y Enriqueta de Inglaterra. El conde de Guiche y la duquesa de Soisson. los demás personajes están viéndolo, distribuidos en grupos. Cuidando mucho este cuadro, es de un efecto sorprendente. Al concluir el baile, cada caballero conduce a su dama a su sitio, donde la deja después de hacerla un saludo. Nadie se sienta sin que antes lo haga el Rey.*

LUIS (*A los caballeros.*) — Reanudemos nuestra partida, señores. Después del baile, es agradable el juego. Eso da variedad a la velada. (*Siéntase con varios caballeros en la mesa de la derecha y juegan a los dados. Luisa y Laura en el sofá. Otros caballeros y damas pasean y hablan.*)

LAURA (*A Luisa.*)—¿Qué le pasa al Rey que ha estado tan serio contigo mientras bailábais?

LUISA.—Lo ignoro; pero algo extraño le ocurre esta noche.

LAURA.—¿Estais enfadados?

LUISA.—No creo que él lo esté conmigo. En cuanto a mí, ya sabes que le amo demasiado para poder estarlo con él.

ATENAIDA (*En el corro del centro.*)—Os digo que lo he visto, señoras, pero si no queréis dar fe a mi testimonio, buscad la prueba en la preocupación del Rey.

ENRIQUETA.—Para la Marquesa de Montespán es una idea fija la de creer que el Rey está siempre preocupado.

ATENAIDA. — Hoy no cabe duda. Fíjese Vuestra Alteza. Además, ¿cuándo se ha pasado toda una velada sin que Su Majestad dirija siquiera una palabra a la señorita de la Valliere?

CARIGNAN.—Es verdad, que no se han hablado en toda la noche.

D. SOISSON.—Será que el sol empieza a eclipsarse.

MARISCALA.—Aún no ha llegado la hora del eclipse. Es una nube de verano muy tempestuosa.

D. SOUBISE (*Acercándose al grupo de señoras.*)—¿Qué ha ocurrido? Estaba distraída y no me he enterado de lo que hablábais.

ENRIQUETA.—Que, según la Marquesa de Montespán, el Rey ha sorprendido esta tarde a la señorita de la Valliere, paseando por los jardines en íntimo coloquio con uno de sus guardias.

D. SOISSON.—¡No es posible!

CARIGNAN.—Atenaida sueña con las infidelidades de la favorita.

ATENAIDA.—Yo no tengo malquerencia alguna contra ella. Cuento solo lo que he visto. Que el Rey la ha sorprendido esta tarde abrazando a uno de sus guardias.

D. SOUBISE.—¡Abrazándolo!

D. SOISSON. — Sería curioso que fuese cierto, ¿verdad?

ENRIQUETA.—Curioso y merecido.

D. SOUBISE.—Contad, contad cómo ocurrió el lance. (*Sigue hablando.*)

LUIS (*En la mesa jugando.*)—Guiche, esta noche estais en vena. Me llevais ganados cerca de tres mil luises.

GUICHE.—Se conoce que la fortuna no quiere proteger en el juego a Vuestra Majestad. Se bastará con protegerle en los amores.

LUIS (*Con disgusto mal disimulado.*)—¿En los amores? ¡Oh! ¡Sí; mucho, mucho! Van quinientas pistolas. ¿Aceptais?

GUICHE.—Como quiera Vuestra Majestad. (*Juegan.*)

LAUZUN (*A Richelieu en el centro de la escena.*)—¿Qué le pasa al Rey que está tan pensativo?

RICHELIEU.—No sé. Tal vez sea verdad eso que cuentan del suceso de esta tarde.

LAUZUN.—¿Un suceso?

RICHELIEU.—Sí. Dicen que ha sorprendido a su amante paseándose por el jardín del brazo de un mosquetero.

LAUZUN.—¿De veras? (*Asombrado.*)

LUIS (*A Guiche.*)—Decididamente hoy no puedo con vos. Ganais siempre. Van mil pistolas.

GUICHE.—Dos mil, si Vuestra Majestad las acepta.

LUIS.—¡Vaya por las dos mil!

RICHELIEU (*Llamando a Atenaida y trayéndola al centro de la escena.*)—Marquesa... he cumplido vuestro encargo. Estáis servida.

ATENAIDA.—No me acuerdo de haberos hecho encargo alguno.

RICHELIEU.—¿Cómo? ¿No queríais que divulgase la aventura del jardín?

ATENAIDA.—¿Yo?

RICHELIEU.—Se la he contado en secreto a cuatro o cinco personas, y es de esperar que antes de una hora lo sepa todo el mundo.

ATENAIDA.—Pero, ¿qué estais diciendo? Yo me he limitado a referiros lo que sabía, sin encargaros que lo repitiéseis.

RICHELIEU.—¡Por Dios!... No me supongais tan mal entendedor. Cuando una mujer como vos, cuenta un suceso como el que me contasteis, es para que se divulgue. Eso no hay que decirlo.

ATENAIDA.—Sois insoportable.

RICHELIEU.—Vamos... no finjais enojo y decidme francamente. ¿Qué tal va vuestro asedio? ¿Cuándo sustituís a la señorita de la Valliere?

ATENAIDA.—Richelieu, ya os he dicho que me molestan esas bromas. (*Yéndose.*)

RICHELIEU (*Siguiéndola.*)—¡Pero si hablo en serio, marquesa!

LUIS (*Levantándose nervioso.*) — Lo dejo por un rato. Esperaré a que pase la mala suerte. Duque escuchad un momento. (*A Saint-Agnan, a quien se lleva aparte.*)

SAINT-AGNAN.—¡Señor!

LUIS. — No puedo más. Estoy pasando un martirio espantoso. Necesito salir de dudas.

SAINT-AGNAN.—¿Aún piensa en eso Vuestra Majestad?

LUIS.—¿Pero no te he dicho que lo he visto yo mismo?

SAINT-AGNAN.—La habréis confundido con otra persona.

LUIS.—No. ¡Era ella... ella... la que hablaba familiarmente con aquel hombre!... ¡La que lo abrazaba!...

SAINT-AGNAN. — Perdóneme Vuestra Majestad si me resisto a creerlo.

LUIS.—Mira; ve ahora mismo a ver a mi capitán de mosqueteros: dile que me envíe a ese hombre. Quiero interrogarle.

SAINT-AGNAN. — Piense Vuestra Majestad que eso producirá escándalo...

LUIS. — No me importa. He de hablar con él.

SAINT-AGNAN.—Además, no es fácil averiguar quién era ese soldado.

LUIS.—El capitán puede averiguarlo. Dile que era el que estaba de guardia en la escalera que conduce a mis habitaciones.

SAINT-AGNAN.—¡Pero, señor!...

LUIS.—Ve ahora mismo. ¡Te lo mando!

SAINT-AGNAN.—Obedezco. (*Vase por la derecha.*) (*Mirando a Luisa.*)

LUIS. — ¡Si fuera cierta su traición!... (*Acercándose a la mesa donde hay varios caballeros.*) Vaya, señores; veamos si ya se ha pasado la desgracia. (*Se sienta.*) Cuatrocientos luises.

LAUZUN.—Los acepto. (*Juegan.*)

ENRIQUETA (*Se separa de las señoras y se acerca a la mesa del Rey.*)—¿Sigue perdiendo Vuestra Majestad?

LUIS.—Sí, hermana mía; pero quizás vuestra presencia sea un conjuro contra la mala suerte. No os separéis de mí. Estais espléndidamente ataviada esta noche.

ENRIQUETA.—¡Gracias, señor!

LUIS.—Creedme, Enriqueta; no tenéis rival en mi corte. (¡Que lo oiga la perjura!) (*Mirando a Luisa. Enriqueta se sienta al lado del*

Rey. Villefort, que se habrá acercado a Luisa, la dice:)

GUSTAVO.—¿Y sois feliz, Luisa?

LUISA.—¡Cuanto se puede ser en el mundo!

GUSTAVO (*Con tristeza.*)—¿Tanto halaga a vuestra vanidad el amor del Rey?

LUISA.—Mal me conocéis si pensáis que es mi vanidad y no mi corazón quien se siente halagada. ¿Creéis acaso, que yo me doy cuenta de mi situación? ¿Que el humo de la lisonja, o los esplendores de la riqueza, bastan a ocultarme que soy la *dama del Rey?* Ahora bien; el sonrojo que esto me produce vale menos para mi que la ventura de poder pronunciar una frase que me hace olvidarlo todo. "¡Luis me ama!"

GUSTAVO.—El Rey.

LUISA.—No, Luis. El rey es lo de menos.

GUSTAVO.—Os creo, porque os conozco.

LUISA.—Dejadme; os lo suplico. Nuestra conversación se ha prolongado mucho y puede dar lugar a murmuraciones.

GUSTAVO. — Os complazco. (*Se separa de ella.*)

LUIS (*A Enriqueta.*)—¿Veis lo que os decía? Desde que estais a mi lado, he empezado a ganar. Decididamente sois mi ángel bueno.

ATENAIDA (*A De Rieux, bajando desde el foro al medio de la escena.*)—¡Promesas!... ¡Palabras! ¡Me han dicho eso mismo muchas veces!

RIEUX.—¡Pero nadie os lo habrá dicho con tanta sinceridad como yo, porque nadie os habrá amado tanto!

ATENAIDA.—Eso aseguran todos.

RIEUX.—Yo hago más que asegurarlo. Estoy dispuesto a daros la prueba.

ATENAIDA.—¿La prueba?

RIEUX.—Sí. ¿Qué quereis que haga para complaceros? ¿Qué sacrificio quereis que me imponga para demostraros mi amor? Pedid y os obedeceré.

ATENAIDA.—¿Tanto me amais?

RIEUX.—¡Con locura!

ATENAIDA.—Pues bien, os creo. Trataré de encontrar esa ocasión que deseais de probarme vuestro afecto, y si es tan grande como decís...

RIEUX.—¿De veras? ¿Hablais de veras?

ATENAIDA. — Os lo prometo. (*Aparte.*) Este puede servirme. (*Siguen hablando bajo.*)

LAURA (*A Luisa.*)—Pues si en tanto estimas su amor, defiéndolo. Mira que son muchas las que lo codician.

LUISA.—Ya lo sé. Por eso tengo miedo.

LAURA.—¿Miedo?

LUISA.—Sí. De una sobre todo.

LAURA.—¿De Su Alteza?

LUISA.—No. de la Marquesa de Montespán. Es muy hermosa.

LAURA.—Tú también lo eres.

LUISA.—No tanto como ella. Desde que sé que es mi rival, me parece que no hay mujer más hermosa en el mundo.

LAURA.—No digas eso. (*Siguen hablando.*)

SAINT-AGNAN (*Entrando por el foro y dirigiéndose al Rey.*)—Señor, está cumplida la orden de Vuestra Majestad.

LUIS.—¿Has visto al Capitán de mosqueteros?

SAINT-AGNAN.—Y me ha dicho que enviará al momento a ese hombre.

LUIS.—Está bien. (*En voz alta.*) Vaya, señores; basta de juego por esta noche. Estas señoras dirán, con razón, que somos muy poco galantes con ellas. Hagámosles un rato de compañía.

CARIGNAN (*Aparte.*)—Ya era hora. (*El Rey se dirige a las señoras según marca el diálogo, hasta llegar a Luisa, que está al lado del sofá, en primer término izquierda. Todos se han levantado al hacerlo el Rey.*)

LUIS (*A la Duquesa de Soisson.*)—Duquesa, no había tenido el gusto de hablaros.

D. SOISSON (*Haciendo una reverencia antes de hablar.*)—En efecto, no me había hecho esa honra Vuestra Majestad.

LUIS.—Pues creed que en el pecado llevaba la penitencia, porque me privaba de admirar vuestra hermosura.

D. SOISSON. — Mil gracias, señor. (*Saludando.*)

LUIS (*A la Mariscala.*)—Tampoco a vos os había visto, Mariscala.

MARISCALA (*Como la otra.*)—Estaba Vuestra Majestad tan distraído en el juego...

LUIS.—La suerte me ha sido en él bien adversa. Se conoce que ha querido castigarme por el delito de no haberos dicho que estais adorable.

MARISCALA.—¡Señor!... (*Inclinándose.*)

LAURA (*Aparte a Luisa.*)—Me parece que el Rey quiere darte celos.

LUISA.—Algo raro le sucede.

LUIS (*A Atenaida.*)—¡Oh! ¡Marquesa!... ¡Perdonadme!

ATENAIDA (*Saludando.*) — ¿Perdonaros yo, señor?

LUIS.—Es una falta inexcusable la mía. Lo reconozco.

ATENAIDA.—¿Pero qué falta ha cometido Vuestra Majestad?

LUIS.—La de no haberme apresurado a rendir tributo de admiración a vuestra incomparable belleza. Sois el sol de mis salones.

ATENAIDA.—Vuestra Majestad es en extremo bondadoso.

LUIS.—Hay que agotar las palabras para celebraros como la naturaleza agotó las perfecciones para concedéroslas.

LAURA (*A Luisa.*)—¿Ves lo que yo te decía? Quiere darte celos.

LUISA.—Y me está haciendo padecer cruelmente.

LUIS (*A Luisa.*)—La señorita de la Valliere me parece que está preocupada esta noche. Por eso no he querido turbar con mi conversación sus meditaciones.

LUISA.—¡Señor!...

LUIS.—Habréis, tal vez, tenido alguna emoción durante el día.

LUISA.—Nada me ha ocurrido. Puedo asegurarlo a Vuestra Majestad.

LUIS.—¿Por qué lo negais? Vuestro rostro indica que no sois sincera. Si en lugar de ser yo fuese alguno de los poetas, vuestros

amigos, quien os lo preguntara, de seguro que se lo contaríais. Siento no haberlos invitado esta noche. Corneille o Molière hubieran hecho una comedia muy interesante con esa ocurrencia.

LUISA.—No entiendo lo que quiere decirme Vuestra Majestad.

LUIS.—Quiero deciros que yo también soy poeta... a ratos, y voy a permitirme contaros el argumento de un drama que se me ha ocurrido. Si os gusta, encargaré a Racine que lo escriba, para que se represente en la corte. Escuchad... y escuchadme todos, que para todos hablo. (*Todos se agrupan cerca del Rey.*)

LAUZUN (*A Guiche.*)—¿Qué significa esto?

GUICHE.—Es muy extraño, en efecto.

LUIS.—Figuraos que un Rey—un Monarca imaginario, por supuesto,—estaba ciegamente enamorado de una mujer muy hermosa, que lo amaba también... o lo fingía; porque, como luego vereis, este es el fundamento del drama. El Rey era enteramente dichoso. Contemplaba la existencia a través de la venda color de rosa que pone la felicidad ante la vista de los enamorados; sonreíale el porvenir; el amor alfombraba de flores su camino y la vida se le antojaba realización de un sueño. Es decir, no... El sueño no fingió nunca ventura tan completa como la que él sentía cuando se miraba en los ojos de su hermosa; en aquellos ojos, que parecían tener, al mismo tiempo, alegrías de alborada y tristezas de atardecer, serenidades de cielo y atracciones de abismo, y cuya luz era tan viva, que hubiera deslumbrado, a no templarla piadosa la sombra benéfica de sus pestañas. Este es el comienzo de mi comedia. ¡Un idilio! El idilio eterno del amor con su correspondiente cortejo de citas y juramentos, concesiones y negativas, risas y llantos, y besos y suspiros, y quejas y venturas... de todo eso, tan viejo y tan nuevo a la vez, que empezó, sin duda, con los primeros amantes que hubo sobre el mundo, y no acabará sino con los últimos, cuando la tierra estalle y vuelva al caos de donde salió. (*Transición.*) ¿Qué os parece el primer acto de mi drama, señorita de la Valliere? (*Esta se halla turbada, pero sin comprender. El Rey dice toda esta escena tratando de fingir y mirando de reojo a Luisa para ver el efecto que causan sus palabras. Los cortesanos prestan un interés grandísimo, lo que da mucha vida al cuadro.*)

LUISA.—¡Señor!...

CARIGNAN (*Con malicia, a las otras damas.*) El Rey está celoso.

D. SOISSON (*Lo mismo.*)—Sabrá tal vez la aventura del jardín.

ATENAIDA (*Lo mismo.*)—Pero ¿no os he dicho que la ha presenciado? No habéis querido creerme...

MARISCALA.—Callad, y sepamos cómo termina la historia.

LUIS.—En el segundo acto cambia la decoración. Los idilios no suelen durar mucho. Imaginaos que el Rey se pasea cierta tarde, satisfecho de su felicidad y cada vez más seguro de ella, por los jardines de su palacio, cuando ve a lo lejos a un hombre y a una mujer que se pasean también tranquilamente por la misma alameda. (*Movimiento en todos los cortesanos, que comprenden ya la intención del Rey. Luisa intenta hablar, pero el Rey no la deja.*) Me parece inútil tener que repetir que todo esto ocurre muy lejos de aquí... En Oriente. Supongamos que es un monarca oriental el héroe de mi cuento. (*Los cortesanos asienten con una sonrisa maliciada y forzada.*) Divisa el Rey, como os iba diciendo, a una pareja en sus jardines. Se acerca a ella, atraído por la curiosidad, y descubre... ¿Qué creereis que descubre? ¡Oh! Esto será muy hermoso cuando lo pinte el poeta con todos los colores de la indignación y de la ira. (*Muy nervioso.*) Descubre que estaba ciego; que la felicidad que disfrutaba era un engaño miserable; que la que juzgaba un ángel, era la más pérfida de las mujeres; que su amor, en lugar de ser para la ingrata en quien lo puso objeto de culto y veneración, lo era de mofa y de ludibrio... porque aquella mujer tenía otro amante, a quien hablaba ocultándose, ¡a quien abrazaba!... ¡Esto lo vió el Rey!... Y... (*Transición.*) ¡vive Dios, que tuvo que recordar lo que era para no convertirse en verdugo y ahogar allí mismo, entre sus manos, a la infiel y a su cómplice! ¿Qué os parece, señorita? ¿Os va gustando el asunto de mi comedia?

LUISA (*A media voz mientras los cortesanos cuchichean.*)—¡Señor! ¡Señor! ¡Escuchadme, por piedad!

LUIS (*Secamente.*)—¡Nada tengo que escucharos!

LUISA.—Estais en un error. Dejadme que os explique...

LUIS.—¡Os mando que calleis!

LAUZUN (*Aparte a Guiche.*)—El escándalo es espantoso!

GUICHE (*Lo mismo.*)—Esto se sabe mañana en toda Francia.

RICHELIEU (*Lo mismo.*)—Y en el mundo entero.

ATENAIDA (*Para sí, con alegría.*) Está perdida sin remedio. Triunfaré.

LUIS.—Pero no he concluído, señores. Falta el tercer acto, que será el mejor, porque es el que desenlaza el enredo. El Rey descubre la traición de su amante, tiene la prueba de su crimen, y entonces...

(*Sale Bontems por el foro. Después Ricardo.*)

BONTEMS.—Señor. Un mosquetero solicita urgentemente ver a Vuestra Majestad. Dice que viene por mandato expreso...

LUIS.—Sí, es verdad. Que entre al instante. (*Vase Bontems.*) Aquí teneis el desenlace del drama. Yo os lo iba a referir, pero la llegada de ese hombre hace inútil mi relato. Vais a presenciar el fin de la farsa. ¡Atención! (*Aparece Bontems seguido de un mosquetero. Saluda y queda en el fondo. Mucha expectación en todos.*)

RICARDO.—Señor; he recibido orden de presentarme al momento ante Vuestra Majestad.

LUIS (*Solemnemente.*) — Os llamo para interrogaros: Responded la verdad. ¡Os va en ello la vida!

RICARDO.—Mi vida es de mi Rey.

LUIS.—¿Conoceis a esta señorita? (*Por Luisa.*)

RICARDO.—Sí, señor.

LUIS. — ¿Habéis hablado con ella esta tarde? Pensad lo que respondéis. Sería ociosa vuestra negativa.

RICARDO.—¿Por qué he de negar lo que es cierto?

LUIS.—¿Luego declaráis que erais vos quien estaba con ella en el bosquecillo, junto a la ría?

RICARDO.— Lo declaro.

LUIS.—Está bien. Sois franco por lo menos; pero acabais de hacer vos mismo vuestra acusación y de dictar vuestra sentencia. Salid. (*Ricardo saluda y sale, pero el Rey lo detiene con voz imperiosa.*) ¡Esperad! (*Vuelve Ricardo.*) ¡Vuestro nombre! ¡Decidme antes vuestro nombre! (*Miedo y alegría en Luisa.*)

RICARDO (*Muy alto y muy claro.*)—Me llamo el caballero Le Baume le Blanc de la Valliere. (*Estupefacción en todos, incluso el Rey.*)

UNOS.—¿La Valliere?

LUIS (*Aparte a Luisa.*)—Luisa... Luisa... ¿Qué es esto?

LUISA (*Idem a Luis.*) — Esto es, señor, que teníais sin sospecharlo, a un hermano mío entre vuestros guardias.

LUIS.—¿Por qué no me lo habéis dicho?

LUISA.—Tenía miedo de vuestra generosidad. Mi hermano no ha hecho nada que merezca recompensa.

LUIS.—¡Oh! ¡Sois un ángel! Imponedme un castigo: que lo merezco.

LUISA.—¿Y vos me jurais cumplir el castigo que os imponga?

LUIS.—Os lo juro.

LUISA (*Con cariño.*)—Pues bien, amadme tanto como yo os amo.

LUIS.—¿No lo hago por ventura? Pero ante todo os debo una explicación, y voy a dárosla públicamente. (*En alta voz.*) Señores, creo que todos habreis comprendido que esto ha sido una comedia—no aquella de que antes os hablaba—sino otra, ensayada por mí con objeto de llamar al caballero de la Valliere, para darle una prueba de mi estimación, nombrándole Teniente de Mosqueteros. (*Asombro.*)

LUISA.—¿Teniente?

RICARDO.—¡Oh! ¡Gracias, señor! (*Saludando.*)

LUIS.—Aún no está extendido vuestro despacho, pero lo recibireis esta misma noche de manos de vuestra hermana, "La Duquesa de la Valliere."

UNOS.—¿Duquesa?

ELLAS.—¿Duquesa?

LUIS.—Las tierras y el señorío de Vausejour irán anejos a vuestro ducado. Espero que aceptareis esta merced como débil muestra de mi afecto.

LUISA.—Yo no merezco...

LUIS (*En voz baja.*)—¡Tú lo mereces todo, Luisa mía! (*Siguen hablando bajo. Los cortesanos forman varios grupos comentando lo ocurrido. Atenaida queda sola en primer término derecha. De Rieux se acerca a ella.*)

ATENAIDA (*Con ira.*)—Lo que debió ser su perdición, se convierte en un nuevo triunfo.

RIEUX.—¿Qué pensais de estos sucesos, Marquesa?

ATENAIDA (*Asaltada de una idea.*)—Pienso que llegais en excelente ocasión. Me dijisteis antes que estabais dispuesto a todo para probarme vuestro amor. (*Acercándose a la mesa.*)

RIEUX.—Y lo repito. ¿Qué quereis? Mandad.

ATENAIDA. — ¿Estais dispuesto a vengarme?

RIEUX.—¿Os han ofendido?

ATENAIDA.—Sí. (*Saint-Agnan escucha la conversación, fingiendo arreglar algo en la mesa.*) ¿Veis aquella puerta? (*Primer término izquierda.*)

RIEUX.—Sí.

ATENAIDA.—¿Sabeis adónde conduce?

RIEUX.—A las habitaciones de la señorita de la Valliere.

ATENAIDA.—Pues de ella es de quien quiero vengarme. ¿Creeis que es difícil deslizarse por esa puerta sin ser visto?

RIEUX.—No comprendo vuestra intención.

ATENAIDA.—¿No comprendéis que si mañana se cuenta en la corte que la noche anterior fué sorprendido un amante en el cuarto de la nueva Duquesa... (*De Rieux hace signos de haber entendido, y cuando lo crea oportuno desaparecerá por la puerta indicada sin ser visto de los cortesanos, pero cuidando que lo vea el público. Atenaida aparte.*) ¡Ya es mío! Veremos si ella sale de esta prueba tan bien como de la pasada. (*Vase con los demás.*)

SAINT-AGNAN (*Que lo ha oído todo, dice para sí.*)—No está mal urdida la conspiración. La Marquesa de Montespán tiene prisa por substituir a la señorita de la Valliere. Ha sido una lástima para ella que yo tenga la obligación de contar al Rey lo que he oído. Esta misma noche lo sabrá.

LUIS (*En alta voz.*)—Ya es hora de buscar descanso. Acabe aquí nuestra velada. Buenas noches, señores. (*Saluda. Todos hacen una reverencia y se marchan, cuidando no dar la espalda al Rey. Luisa va a salir y Luis la dice*): Vos, Duquesa, quedaos; os lo ruego. Saint-Agnan, esperad ahí fuera mis órdenes. (*Vanse todos.*)

LUIS.—¿Me perdonais? (*Se sientan en el sofá.*)

LUISA.—Si vuestra duda no hubiera indicado más que desconfianza, tal vez no os hubiera perdonado; pero siendo reveladora de amor, más que enojo me produce alegría.

LUIS.—¿Habéis leído algunas veces cuentos de hadas, Luisa?

LUISA. — ¿Por qué me preguntais eso, señor?

LUIS.—Porque nuestra situación en este

instante me recuerda esos cuentos que yo leía en mi niñez. Oyéndoos, a vuestro lado, creo ser uno de aquellos príncipes de las leyendas, a quienes su hada protectora ayudaba a ensanchar su reino y a conquistar fama y gloria...

LUISA.—Pues si estais en esa ilusión, seguid en ella, y puesto que yo soy vuestra hada haré lo que hacían las hadas verdaderas con sus protegidos, os llevaré al palacio de la felicidad.

LUIS.—Sí, llevadme.

LUISA.—¿Queréis leer vuesto porvenir?

LUIS.—Leédmelo vos. Así sonará méjor en mis oídos.

LUISA.—Os espera un largo reinado lleno de grandezas para vuestro pueblo y para vos. Vuestros gobernantes serán los más ilustres; vuestros oradores los má elocuentes; vuestros generales los más afortunados; vuestros poetas los más grandes. La gloria os tejerá en vida coronas y la muerte os hará entrar en su seno por la puerta de la inmortalidad. Cuanto vos toquéis vivirá eternamente en la historia... ¡Quién sabe si pasará a ella junto a vos, sólo por haberos agradado, una pobre mujer que no tuvo otro mérito que el de haberos dicho alguna vez, ciñendo con sus brazos vuestro cuello: *(Lo hace como lo dice.)* ¡Os amo, Luis mío!...

LUIS.—Seguid, seguid...

LUISA.—¡Ay; no, señor! No me hagais que siga.

LUIS.—¿Por qué?

LUISA.—Porque aquí se enlaza vuestro horóscopo con el de esa mujer y el suyo no es tan lisonjero como el vuestro.

LUIS.—Miente el horóscopo si no asegura que yo he de amarla siempre.

LUISA.—Pues no lo asegura. Dice, por el contrario, que después de ella amaréis a otra, y después a otra, ¡y a otra luego!...

LUIS.—No digais eso, Luisa. Alejad de vos pensamientos sombríos. Las hadas deben ser felices.

LUISA.—Vuestra voz me llama a la realidad. El hada vuelve a ser mujer. *(Levantándose.)* Es muy tarde, señor. Retiraos.

LUIS.—¿Ya os cansais de mí?

LUISA.—Eso nunca, bien lo sabéis; pero no debéis permanecer más tiempo aquí.

LUIS. — Os obedezco. *(Llamando.)* Bontems.

BONTEMS.—Señor.

LUIS.—Alumbrad a la señora Duquesa hasta sus habitaciones. *(Bontems toma un candelabro y entra en la puerta izquierda seguido de Luisa. El Rey va a marcharse, pero le detiene un grito que da Luisa dentro. En seguida sale muy asustada.)*

LUISA *(Dentro.)* — ¡Ay! *(Saliendo.)* ¡Un hombre aquí!

LUIS.—¿Un hombre? *(Va a entrar.)*

LUISA.—No entréis, señor: tal vez un asesino...

LUIS *(En la puerta.)*—Salid, quien quiera que seáis.

RIUEX *(Saliendo.)* — Nada tema Vuestra Majestad. Soy yo.

LUISA.—¡De Rieux!

LUIS. — ¿Qué hacíais en ese corredor? *(Pausa.)* ¿Calláis?

RIEUX.—Señor...

LUIS *(A Luisa.)*—Explicadme la presencia de ese hombre a la puerta de vuestro cuarto. *(Sale Saint-Agnan, por el foro derecha.)*

SAINT-AGNAN.—Yo la explicaré, si Vuestra Majestad me lo permite.

LUIS.—¡Saint-Agnan! *(Con sorpresa.)*

SAINT-AGNAN.—La Duquesa de la Valliere ignoraba que estuviese alguien en su habitación. Puedo asegurarlo.

LUIS.—¿Cómo lo sabéis?

SAINT-AGNAN.—Por la persona que dió al Conde el encargo que tan bien ha cumplido, por la Marquesa de Montespán.

LUISA.—¿La Marquesa de Montespán?

SAINT-AGNAN.—Sí. Ella odia a la señorita de la Valliere, según su propia declaración y se propone perderla.

LUIS *(Con asombro.)* — ¿Qué estáis diciendo?

SAINT-AGNAN.—Lo que he oído yo mismo. La Marquesa de Montespán incitó al Conde a representar esta farsa.

LUIS *(A De Rieux con ira.)*—¿Y vos accedisteis? ¡Oh! ¡Sois un miserable!

RIEUX.—¡Señor!

LUIS.—Las puertas de la Bastilla se cerrarán detrás de vos esta misma noche, para no volver a abrirse nunca. *(A Saint-Agnan.)* Duque, tomad cuatro hombres de mi guardia y conducid vos mismo al prisionero. *(Saint-Agnan va a salir.)* Pero, no; esperad. No soy yo quien debe fijar su castigo. Es la ofendida. Luisa; ¿qué castigo le imponéis? ¿La prisión o la muerte? Mandad.

LUISA *(Después de una pausa.)*—¡El perdón!

LUIS.—¿Cómo? ¿Le perdonáis?

LUISA.—Merece disculpa. ¡Ama a la Marquesa!

LUIS.—¡Entonces es ella quien debe ser castigada!

LUISA.—Ella... tampoco. ¡Ella... os ama a vos! *(El Rey se dirige a Luisa con cariñosa expresión y la toma la mano en tanto que cae el*

TELÓN

ACTO TERCERO

Tocador de Luisa. En primer término izquierda una puerta que conduce a las demás habitaciones. En el foro, del mismo lado, otra puerta que es la entrada de la calle. En la derecha una mesa y dos grandes sillones. A la izquierda una banqueta larga o sofá. Sobre la mesa un candelabro encendido.

LUISA *y* GUSTAVO; *ella sentada en un sillón: él de pie a su lado.*

GUSTAVO.—Desechad ideas tristes, Luisa: la juventud y la hermosura os sonreirán aún durante muchos años.

LUISA.—En vano tratáis de consolarme. Llegó el momento anunciado por vos. "No es la constancia la virtud de los Reyes", me dijísteis un día...

GUSTAVO—¿Y qué os importa que el Rey os olvide?

UJIER (*Anunciado en la puerta del foro.*) —El señor Corneille.

(*Sale Corneille.*)

LUISA.—Adelante. Bien venido el príncipe de la tragedia y de la poesía.

CORNEILLE (*Besándola la mano.*)—La poesía sois vos, Duquesa.

LUISA (*Sonriendo.*)—Se conoce que os vais haciendo cortesano.

CORNEILLE.—Siempre lo fuí vuestro. (*Luisa le invita a que se siente a su lado: él lo hace después de saludar a Gustavo.*)

LUISA.—Pues escogéis para serlo la peor ocasión. Bien sabéis que desde hace un año todos me abandonan.

CORNEILLE.—El favor recluta sus cortesanos entre los egoístas; la desgracia encuentra los suyos entre las almas nobles. Mientras más se extinga vuestro valimiento, más empeño tendrá Pedro Corneille en ser de vuestra corte. ¿Sois bella y sufrís? Pues sois dos veces reina.

LUISA.—La musa que inspiró *El Cid* y *Los Horacios*, debe buscar más alto empleo que el de consolar a una mujer abandonada.

CORNEILLE.—¿Conocéis alguno más elevado? Cantar el dolor es el destino del poeta: embellecerlo su aspiración; consolarlo su poder casi divino. Dios no fué impío al crear el dolor, porque creó al mismo tiempo la poesía.

GUSTAVO.—¡Bravo por el cortesano de la desgracia! Si el nombre de Corneille no fuera ya inmortal por su ingenio, merecería serlo por su nobleza.

CORNEILLE.—Vos sois por la vuestra una excepción en la Corte de Francia.

UJIER (*Anunciando.*)—Los señores Racine y Lafontaine.

(*Salen Lafontaine y Racine.*)

LAFONTAINE (*Besando la mano de la Duquesa.*)—Señora Duquesa...

LUISA.—¿Pero es que el Parnaso entero se ha trasladado hoy a mi casa?

RACINE.—¿Dónde queréis que vayan las mariposas sino a la luz?

LUISA.—Corneille, tened cuidado; vuestro discípulo Racine trata de venceros en galantería.

RACINE.—Es el único punto en que no cedo a mi maestro Duquesa; en el afecto que os profeso y en la admiración que me inspiráis. (*Luisa les indica que se sienten.*)

LAFONTAINE.—En cuanto a eso, yo tampoco me dejo arrebatar la palma por ninguno.

LUISA.—¡Bien por mis poetas! Ha conseguido vuestra bondad lo que no pudo conseguir la envidia: haceros rivales.

GUSTAVO.—Vuestra corte es ahora inmortal, Luisa; antes no lo era. Nadie sabrá, cuando se aleje el tiempo presente, que por vuestro salón pasó una turba de cortesanos, mendigos de favor y de honores, que ocultaban, bajo encajes y pedrería, sus almas salpicadas por el cieno de la mentira y de la bajeza; pero en cambio la historia dirá tal vez algún día que la Duquesa de la Valliere fué amiga de Pedro Corneille.

LUISA.—En todo caso, no diría sólo que me honró con su amistad el gran maestro: me honran también otros que vos olvidáis.

GUSTAVO (*A Racine y Lafontaine.*)—Perdonadme; es cierto. Lafontainé y Racine tienen también derecho a la inmortalidad.

LUISA.—Ellos... y alguien que no recordáis.

GUSTAVO.—¿Pues quién falta?

LUISA.—Uno que nada tiene que envidiaros ¿verdad, señores? (*Todos asienten.*) El creador de la comedia en Francia, el regocijo de las musas.

UJIER.—El señor Moliére. (*Anunciando.*) (*Sale Moliére.*)

LUISA (*A Gustavo.*)—¡Ya estáis viendo quién nos faltaba!

MOLIÉRE (*Besando la mano a Luisa.*)—¿Seré tan venturoso que haya tenido la fortuna de que la señora duquesa de la Valliere me eche de menos?

LUISA.—No ignoráis que yo noto pronto vuestra ausencia, amigo Moliére.

MOLIÉRE.—Entonces bendigo mil veces la

idea que he tenido de no representar hoy.

LAFONTAINE.—¿Habéis suspendido la comedia?

MOLIÉRE.—He traspasado mi papel. Esta noche, el público del Hotel de Borgoña no verá, bajo la peluca del astuto Scapin el rostro de su autor, su amigo el comediante.

RACINE.—Pues de seguro habrá escándalo en el parterre.

MOLIÉRE. — Yo desenojaré mañana a los descontentos.

CORNEILLE.—¡Cómo sabéis que la risa es vuestra esclava!

LUISA.—Sabe que el público le adora.

MOLIÉRE.—¿El público? ¡Bah! Dejad que me olvide de él por esta noche. "¿Tienes aún poder bastante para ahuyentar el fastidio ajeno, viejo histrión?", me pregunté a mí mismo hace poco. "¿Sí?", me contesté, "pues en lugar de ir a divertir a la chusma, vete a desarrugar el entrecejo más bello de Francia." Por eso he venido. ¿No es verdad que he hecho bien, compañeros?

CORNEILLE.—Tan verdad como que ayer me leísteis una de las obras más bellas que ha producido el ingenio humano.

LUISA (*Con curiosidad.*)—A ver, a ver... Contad eso.

MOLIÉRE.—No hagáis caso de Corneille.

CORNEILLE.—Juro por mi honor que *Tartuffe* es la comedia más hermosa que he conocido.

LUISA.—¿Tartuffe?

MOLIÉRE.—La hipocresía, Duquesa.

LUISA.—Mucho puede decirse sobre ella.

CORNEILLE.—Pues todo lo dice Moliére en su obra.

MOLIÉRE.—La realidad me ha dado hecha la comedia: yo me he limitado a copiarla. Tartuffe es algo tan viejo como el mundo, algo inherente a la humanidad. Es la traición que toma el disfraz de franqueza; la codicia que se oculta bajo la máscara de la generosidad; el odio, envuelto en el ropaje del amor; el mal, en una palabra, que usurpa su aspecto al bien. Corneille hubiera hecho llorar pintando ese cuadro. Yo he procurado hacer reir. El de la risa y el del llanto son dos caminos diferentes que en el arte llevan a un mismo fin. Para castigar el mal, tanta fuerza como una maldición tiene a veces una carcajada.

LUISA.—Señores poetas, basta de teorías y vengamos a lo práctico. Que nos recite Lafontaine alguna de sus fábulas.

LAFONTAINE.—Lo haría de buen grado, Duquesa, si no supiera que Corneille tiene una medicina más eficaz para alejar tristezas.

CORNEILLE.—¿Yo?

LAFONTAINE.—En vuestro bolsillo, precisamente.

CORNEILLE.—¡Ah, traidor!

LUISA.—¿Qué quereis decir?

LAFONTAINE.—Digo—aunque con ello venda un secreto—que el maestro lleva consigo unos versos que todos celebrareis conocer.

TODOS.—¡Sí, sí! Que los lea.

CORNEILLE.—¡Imposible!

LUISA.—Yo lo exijo.

CORNEILLE.—Pues si vos lo exigís, leedlos vos misma, Duquesa. (*La da un papel.*)

LUISA.—¿Por qué no vos?

CORNEILLE.—Porque sabeis que yo he dicho en una composición que a mí no se me escucha con agrado sino cuando hablo por boca ajena.

LUISA.—¿Y quereis que hoy sea yo vuestro intérprete?

CORNEILLE.—¿Conoceis labios más hermosos?

LUISA (*Lee. Los demás se agrupan a su lado para oir.*)

"Amar no es sólo correr
tras un bien ambicionado:
quien quiere hacerse querer
no busca el del sér amado
sino su propio placer.
No ama el río al mar bravío,
aunque corra sin cesar
a buscar su centro frío:
corre tras él porque el mar
es el descanso del río.
No ama al sol la mustia rosa
que de él toma lozanía:
espera su vuelta ansiosa
porque con la luz del día
tórnase fresca y hermosa.
No ama al romero, aunque en él
de aromas rico venero
encuentra la abeja fiel:
lo busca porque el romero
le da el perfume a su miel.
El río al mar adorara
si no calmase sus males;
la abeja al romero amara
si en sus hojas no libara
la esencia de sus panales.
Pues lo mismo el amador.
No ama con mayor exceso
quien busca un goce mayor.
Amante que pide un beso,
quiere el beso, no el amor.
Ama quien nada ambiciona;
quien no pide al ser querido
premio, laurel ni corona;
quien engañado y vendido,
sigue adorando y perdona.
Que el amor, hijo del cielo,
perenne foco de luz
y manantial de consuelo,
no tiene más que un modelo...
¡y es Dios, muriendo en la cruz!"

(*Al acabar la lectura, todos felicitan a Corneille.*)

LUISA.—Con razón decíais hace poco que la misión más hermosa de la poesía es la de embellecer y consolar el dolor.

UJIER (*Anunciando.*)—La señorita de Artigní.

(*Sale Laura.*)

LUISA (*Saliendo a su encuentro.*)—¡Laura!

LAURA.—¡Luisa mía! (*Los poetas se inclinan al salir Laura y forman un grupo a la izquierda.*)

LUISA.—¡Ingrata! Hace tres días que no vienes a verme.

LAURA.—La señora Duquesa de la Valliere ha olvidado ya el poco tiempo que deja libre su servicio a las damas de Enriqueta de Inglaterra. (*En voz baja.*) Tengo que hablarte.

LUISA.—¿Qué ocurre? ¿Me amenaza alguna nueva desventura?

LAURA.—Tal vez, pero dilo más bajo.

LUISA.—¿Qué importa que nos oigan?

LAURA.—No sabes lo que vengo a decirte...

LUISA.—Sea lo que quiera. El sol de mi favor, al eclipsarse, alejó de esta casa a los que solo buscaban sus rayos. Hoy no entran en ella sino amigos fieles, delante de los cuales puede decirse todo. (*Señalando a los poetas. Estos saludan con una inclinación de cabeza.*)

RACINE.—Nos haceis justicia, Duquesa.

LAURA.—Pues bien, señores; puesto que todos sois amigos sinceros de Luisa, escuchad. Vuestros consejos pueden serle útiles en esta ocasión.

LAFONTAINE.—Pero, ¿de qué se trata?

MOLIÉRE.—De una nueva humillación, de seguro.

LAURA.—Habéis acertado; pero más grande, más cruel que todas las anteriores.

LUISA.—Por cruel que sea la sufriré con resignación. Habla.

LAURA.—He estado esta tarde acompañando a Su Alteza en la cacería de Saint-Cloud, a la que asistió, como a todas, la Marquesa de Montespán.

CORNEILLE.—¡La favorita!

MOLIÉRE. — Buen trabajo le ha costado poder ser designada por ese nombre!

RACINE.—Pero bien lo ha logrado; porque Su Majestad es un esclavo sumiso de los caprichos de la Marquesa.

LUISA.—Sigue, Laura.

LAURA.—La casualidad hizo que durante el rato que estuvo suspendida la montería, para que tomasen aliento caballos y batidores, me sentase a descansar junto a un gran matorral, cerca del cual se sentaron también la Marquesa y el Rey.

LUISA.—¿Y oíste su conversación?

LAURA.—Toda. Esa mujer te tiene un odio implacable.

MOLIÉRE.—Pero, en fin, ¿qué dijo la Marquesa?

LAURA.—Pidió al Rey una prueba de su amor.

RACINE.—¿Y el Rey se la concedió?

LAURA.—¿Podéis dudarlo? Vos mismo dijísteis antes que Luis XIV es un esclavo de la nueva favorita.

LUISA (*Con angustia.*)—¡Acaba, por Dios! ¿Qué infamia exigió del Rey esa mujer?

LAURP.—Tú lo has dicho; ¡una infamia!

LUISA.—Dila. Tendré valor.

LAURA.—Pues bien; sábelo. A la Marquesa no le basta con que el Rey te olvide; no le basta con haberte arrebatado al hombre que amabas; quiere gozarse en su triunfo y quiere imponerte la humillación de que lo presencies.

LUISA.—¿Cómo?

LAURA.—La Marquesa de Montespán vendrá a visitarte luego, fingiéndote amistad... y detrás de ella vendrá el Rey, para que tú seas testigo de sus amores.

LUISA (*Con indignación.*)—¡No!... ¡No es posible!... ¿Luis ha accedido a semejante exigencia?

LAURA.—Tanto como tú me resistiría a creerlo, a no haberlo oído yo misma.

CORNEILLE.—¡Eso es una maldad espantosa!

LAFONTAINE.—¡Tan grande, que cuesta trabajo creerla!

MOLIÉRE.—¡Indigna de un Rey! (*Luisa ha caído anonadada en un sillón, con la cabeza entre las manos.*)

RACINE.—¡Y de un caballero!

LAURA.—Señores poetas, ahora no se trata de anatematizar un acto, que a todos nos inspira la misma indignación: se trata de evitarlo.

GUSTAVO.—Tenéis razón: eso es lo indispensable.

LAURA.—La Marquesa de Montespán puede llegar de un momento a otro. ¿Qué debe hacer nuestra amiga Luisa?

RACINE. — Por lo menos fingirse indispuesta.

MOLIÉRE.—Negarse a recibirla.

CORNEILLE.—A ella y al Rey.

GUSTAVO.—Decís bien. (*Disponiéndose a salir.*) Yo mismo voy a dar la orden...

LUISA (*Levantándose rápidamente.*)—¡No, Gustavo! Os lo prohibo.

GUSTAVO.—¿Cómo? No quereis que vaya a impedir...

LUISA.—¡No! Si la Marquesa viene a verme, tengo el deber de recibir su visita; y si el Rey de Francia se digna honrar mi morada, no debo cerrarle la puerta.

GUSTAVO (*Con sorpresa.*)—¿Consentís voluntariamente en que aquí mismo, en vuestra presencia?...

LUISA.—Tráigame felicidades o amarguras, mi casa estará siempre abierta para el Rey.

UJIER (*En la puerta.*)—La señora Marquesa de Montespán.

GUSTAVO.—¡Ella! (*Movimiento en todos.*)

MOLIÉRE.—¡Qué audacia!

LUISA (*Al Ujier.*)—¡Esperad que no entre todavía! Amigos míos, os lo ruego, dejadme a solas con ella.

LAURA.—¿No temes a su maldad?

LUISA.—No temo a nada. Pasad a las habitaciones. (*Primera izquierda.*) Os avisaré si os necesito. (*Entran todos: Gustavo, que es el último, dice aparte:*)

GUSTAVO.—¡Yo vigilaré!

LUISA (*Al Ujier.*) — Que pase la señora Marquesa.

(*Sale Atenaida.*)

ATENAIDA (*Haciendo una reverencia.*)—Duquesa, hace falta venir a vuestra casa para tener noticia de vos.

LUISA (*Lo mismo.*)—Eso me proporciona

el placer de averiguar quiénes son mis amigas verdaderas. (*Con ironía.*)

ATENAIDA.—Creo que me contaréis en su número.

LUISA.—¿Podéis dudarlo? (*Se sientan las dos a distancia una de otra.*)

ATENAIDA (*Subrayando las frases.*)—En la corte se os echa mucho de menos. ¿Por qué le negais tan tenazmente los atractivos de vuestra presencia?

LUISA.—La corte no me necesita estando en ella vos. ¿Podría yo disputaros el cetro de la elegancia y de la hermosura?

ATENAIDA.—Bien sabéis que sí. Su Majestad no admira a nadie como a la Duquesa de la Valliere.

LUISA (*Con ira reprimida.*)—¡Marquesa!...

ATENAIDA.—Públicas son las muestras de afecto que os tiene dadas, aunque vuestro alejamiento de la corte indique que tratais de olvidarlas.

LUISA.—¿Y vos me las venís a recordar?

ATENAIDA.—Sin duda alguna.

LUISA.—¿En nombre de la amistad que me profesais?

ATENAIDA.—Exactamente.

LUISA (*Levantándose y en tono seco.*)—Pues bien, Marquesa, guardad para otra vuestra amistad. Yo no estoy dispuesta a hacer la farsa de deciros que os creo.

ATENAIDA.—¿Qué decís?

LUISA (*Con energía.*)—Digo que sé a lo que habeis venido. Arrojemos la máscara del afecto y seamos lo que siempre hemos sido: dos rivales. Yo fuí piadosa con vos, mientras la fortuna me concedió el bien que ambas ambicionábamos. Vos no tenéis conmigo la misma generosidad. No os lo echo en cara: pero puesto que venís a herirme, no cubrais con flores el puñal. Huí de la corte: creí que mi dolor, mudo y silencioso encerrado en mi hogar como en un santuario, os merecía respeto... ¿No es así? Enhorabuena. Pero ya que ni la desgracia aplaca vuestro rencor; ya que queréis escarnecer a un vencido, que reconoce su vencimiento; ya que profanais el templo del dolor, hacedlo al menos francamente: no unais al odio la hipocresía. Solo el rufián hiere por la espalda... ¡La estocada del noble es siempre cara a cara y pecho a pecho!

ATENAIDA.—Duquesa, ese lenguaje...

LUISA.—Es el de la sinceridad: por eso os extraña oirlo. Vos venís a decirme: "Mírame; soy más hermosa que tú; estoy en la cima del favor y de la felicidad; Luis XIV, el hombre a quien tanto quisiste, desdeña tu amor y busca el mío; porque la pobre Luisa de la Valliere no supo nunca agradar al Rey tanto como la afortunada Marquesa de Montespán." Eso venís a decirme: no ocultéis vuestra intención. Y a eso yo os respondo: "Sí: es verdad; sois más bella, mucho más bella que yo: tenéis más cortesanos que yo tuve, porque vos los buscais y yo los despreciaba; sois más dichosa que yo lo fuí—aunque no lo merezcais, porque no tenéis piedad para el dolor ajeno—pero así y todo, yo soy aún más fuerte que vos en algo que no sospechais. La rival humillada puede decirle a la rival victoriosa: Vos seréis más feliz y más querida; pero yo, vencida y triste, aun amo al Rey más que vos, ¡mil veces más! en eso no me habéis vencido todavía, ¡ni me venceréis nunca!"

ATENAIDA.—Al venir a veros no pensé si érais o no eso que vos llamais con tanta crudeza "mi rival": pensé únicamente que venía a casa de la Duquesa de la Valliere, donde tenía derecho a esperar que se me tuviese consideración, por lo menos.

LUISA.—¿Venís a herirme y os extraña que la herida me produzca dolor?

ATENAIDA.—Perdonad que no quiera seguir discutiendo con vos. (*Con aspereza.*) Estoy acostumbrada a que se me respete y no debo permanecer donde esto no se hace. (*Disponiéndose a salir.*) ¡Adiós!

LUISA.—¿Os vais?

ATENAIDA.—Asegurándoos que no volveré a importunaros con mi presencia.

LUISA (*Cambiando de tono y casi suplicante.*)—¡Oh, no, Marquesa! Perdonadme vos a mí. Tenéis razón. Os he faltado.

ATENAIDA.—Antes debísteis pensarlo. Ya es tarde.

LUISA.—Nunca lo es para recibir excusas. Os juro que las que voy a daros os han de dejar satisfecha.

ATENAIDA.—¿Qué querés decirme?

LUISA.—Que he hecho mal, muy mal, en trataros como os he tratado: lo reconozco. Vos debéis ser sagrada para mí, puesto que el Rey os ama.

ATENAIDA.—¿Persitís en insultarme?

LUISA (*Con sencillez.*)—¿A insulto os suena lo que os digo?—No, Marquesa, no. Dudáis en creerme porque vos y yo sentimos de distinta manera. Vos no comprendéis el amor sin felicidad. Amáis, porque amando sois dichosa; porque el hombre en quien ponéis vuestro afecto, parte con vos su poder y su riqueza; porque sus caricias vierten fuego en vuestras venas. Yo no amo así. Mi amor es la consagración absoluta de mi ser al hombre que adoro, no para pedirle felicidad, sino para dársela. Yo no le he dicho nunca al Rey: "hacedme dichosa"; le he preguntado: "¿qué necesitáis para ser feliz? ¿Os basta conmigo? ¡Pues aquí me tenéis! ¿Mi amor os hastía? ¡Pues buscad a otra más afortunada, que os dé la ventura que yo no acierto a daros!"

ATENAIDA (*Con incredulidad.*) — ¿Hablais sinceramente?

LUISA.—Podéis creerme. Yo juré un día no ser obstáculo a la ventura del Rey. Si me interpusiere entre él y vos, faltaría a lo jurado.

ATENAIDA.—¿Y tratáis de cumplir el juramento?

LUISA (*Con amargura.*)—Lo cumpliré: o por mejor decir, lo estoy cumpliendo ya. Y la prueba es que sé el objeto de su visita; que sé que detrás de vos viene el Rey, porque vos se lo habéis exigido, deseosa de que yo sea

testigo de vuestro triunfo... (*Atenaida va a replicar.*) No os disculpéis. Si yo estuviera en vuestro lugar, tal vez hiciera lo mismo. ¡Debe causar un goce inmenso ver humillada a una rival!

ATENAIDA (*Conmovida a su pesar.*)—Duquesa, no os juzgaba capaz de generosidad semejante. Creed que os escucho con emoción verdadera.

LUISA (*Acercándose a ella, con dulzura.*)—No digais eso. Serenaos. El Rey va a venir, y debe encontraros tranquila.

ATENAIDA (*Con sorpresa.*)—¿Vos deseáis?...

LUISA.—Yo deseo que os encuentre hermosa... tan hermosa como siempre!

ATENAIDA.—Me confundís.

LUISA.—Mirad. Este brazalete fué un regalo suyo. (*Se lo quita.*) Mejor estará en vuestro brazo que en el mío. Permitidme que os lo ofrezca.

ATENAIDA.—¡Oh, no! ¡Yo no debo aceptar!...

LUISA (*Poniéndoselo.*)—¡Os lo ruego! Dejadme que os adorne yo misma.

ATENAIDA.—Duquesa... (*Anonadada.*)

LUISA.—Poneos también este alfiler. Estos brillantes sentarán bien sobre vuestro pecho.

ATENAIDA. — ¿Pero qué hacéis?... (*Quiere oponerse.*)

LUISA.—¡No os resistáis! Ya os dije que quiero que Luis os encuentre muy hermosa.

UJIER (*Anunciando.*)—Su Majestad el Rey.

(*Sale el Rey.*)

LUIS (*Saludando.*)—Dios os guarde, Duquesa.

LUISA (*Lo mismo.*) — Señor, perdóneme Vuestra Majestad si lo repentino de su llegada me ha impedido tener el honor de salir a recibirle.

LUIS.—No necesitáis excusaros.

LUISA.—Si lo necesitara, podría servirme de disculpa lo que hacía cuando me anunciaron la visita de Vuestra Majestad.

LUIS.—¿Pues qué hacíais?

LUISA.—Tratar de ser agradable a mi Rey. La Marquesa puede decíroslo.

ATENAIDA.—Señor, la Duquesa se despojaba de sus joyas para ofrecérmelas.

LUIS (*Sorprendido.*)—¿Vos?

LUISA.—Quería que la encontráseis bella. Puesto que sabía que veníais a honrar mi casa, me entretenía en adornar por mis propias manos a la que amais.

LUIS (*Confuso*).—Luisa... Luisa...

ATENAIDA.—La Duquesa de la Valliere es la mujer más noble que he conocido.

(*Sale Gustavo por la izquierda.*)

GUSTAVO (*Con violencia.*)—Teneis razón, señora. La Duquesa de la Valliere es la mujer más noble que existe: por eso mismo es más infame esta odiosa escena.

LUISA (*Asustada.*)—¡Gustavo!

LUIS.—¡Villefort!

GUSTAVO.—No puedo más. ¡Llevo mucho rato presenciando el martirio de esa infeliz!

LUISA.—¿Nos habéis escuchado?

GUSTAVO (*A Luisa.*)—Perdonadme.

LUISA.—Caballero, esas palabras...

GUSTAVO (*Acercándose a la puerta por donde salió y llamando con gran energía.*)—Venid, venid todos, señores; venid a presenciar cómo corresponde un caballero, cómo corresponde el Rey de Francia, a la lealtad de una mujer que no ha cometido otro delito que amarle.

LUIS (*Con ira.*)—¡Insensato! ¿Qué osais decir?

LUISA (*Con espanto.*)—¿Quereis perderos?

LAURA (*Saliendo.*)—¿Qué ocurre?

MOLIÉRE (*Lo mismo.*)—¿Qué pasa?

CORNEILLE (*Lo mismo*)—¡El Rey!

GUSTAVO (*Con mucha energía.*)—Os he llamado para que seais testigos de que me habéis oído decir públicamente al nieto de Enrique IV: Señor, humillar a una mujer no es hazaña digna de un noble y menos de un monarca. Si fuerais mi igual, esta espada (*Desenvainándola.*) os pediría cuenta de semejante villanía: siendo mi Rey, me limito a romper en vuestra presencia este hierro (*Lo hace.*) que no puede cumplir con su deber, saliendo a la defensa de una dama. (*Arroja al suelo la espada partida. Movimiento de espanto en todos.*)

LUIS.—¡Miserable!

LUISA.—¡Por Dios, Gustavo! (*Estas dos frases son simultáneas.*)

LUIS.—¿Sabéis la pena que tiene un súbdito que insulta a su Rey?

GUSTAVO.—Sé que no he de ver la luz del nuevo día.

LUIS.—Podéis asegurarlo. (*Se acerca a la puerta del foro y dice al Ujier.*) Que entre el Teniente de Mosqueteros que me acompañaba.

LUISA.—¡Por piedad, señor!...

LUIS (*Secamente.*)—Dejadme, Duquesa.

TENIENTE (*En la puerta y saludando con la espada.*) — Me llamaba Vuestra Majestad?

LUIS.—Vuestra vida y la de los soldados que vayan con vos, me responden del cumplimiento de la orden que voy a daros. Conducid al caballero de Villefort a la Bastilla. Es reo de crimen de lesa majestad y ha de morir esta misma noche, después de sufrir el tormento. Decidlo así de mi parte al Gobernador de la fortaleza.

TENIENTE.—Me permito hacer observar a Vuestra Majestad, que para que tal sentencia pueda cumplirse, será necesaria una orden firmada por vuestra mano.

LUIS.—Teneis razón. Esperad. (*Se quita el guante y de pie escribe en un papel. Al volverse para dárselo al Teniente se encuentra con Luisa que se ha ido acercando a él, y en voz muy baja le dice:*) Ya está.

LUISA.—Señor. Una noche, hace algún tiempo, una mujer recibió en vuestra presencia un ultraje mil veces mayor que el que vos habeis recibido ahora. ¿Lo recordais?

LUIS.—¿Qué queréis darme a entender?

LUISA.—Que aquella mujer perdonó: no olvideis su ejemplo.

LUIS.—¿Pretendéis compararos conmigo?

LUISA.—Mejor estaría esa pregunta en mi

boca que en la vuestra, señor. Yo no merecía aquel agravio. ¿Podeis vos decir lo mismo del que acaban de inferiros?

LUIS.—En mi persona se ultraja a un reino entero. Un Rey no tiene el derecho de dejar sin castigo sus ofensas. No olvideis que yo aspiro a que me llamen Luis el Grande.

LUISA.—Pues si quereis merecer ese nombre, perdonad. Nadie es tan grande como el que perdona.

LUIS.—¿Quereis librar a ese hombre del suplicio? (*Con intención.*) Bien se conoce que sois su antigua amiga.

LUISA (*Con amargura.*)—¡Señor!... Los celos suponen amor. Vos no podeis ya estar celoso de mí. Pero, porque no quede ya en vuestra alma esa sospecha, os pido licencia para ingresar en el convento de las Carmelitas.

LUIS.—¿Cómo? ¿Dejais el mundo? (*Sorprendido.*)

LUISA.—Y no creo que al separarse de vos para siempre le negueis a una mujer, que tanto os ha querido, el último favor.

LUIS.—¿Cuál es?

LUISA.—Ese papel que teneis en vuestra mano.

LUIS.—Tomadlo.

LUISA (*Con alegría.*) — ¡Gracias, señor! Así se empieza a ser Luis el Grande.

LUIS (*En voz alta.*)—¡Caballero de Villefort, sois libre!

GUSTAVO. — ¿Eh? (*Movimiento general de alegría. Luisa rompe el papel que la dió el Rey.*)

CORNEILLE.—¡Señor!...

LAURA.—¿Qué decís?...

LUIS.—Os concedo la vida, pero salid de mi reino: que yo no vuelva a encontraros en él. Y no me agradezcais el favor. La existencia que vais a disfrutar no se la debeis al rey de Francia, sino a la Duquesa de la Valliere.

LUISA.—No me deis un nombre que no es el mío. Yo no soy la Duquesa de la Valliere.

LUIS.—¿Pues quien sois?

LUISA (*Con solemnidad.*)—¡Sor Luisa de la Misericordia! (*El Rey se inclina, saluda a Luisa respetuosamente y sale por el foro. Luisa le hace una reverencia, y al verle marchar cae desvanecida en los brazos de Laura. Todos los personajes la rodean. Atenaida que se disponía a salir, al verla desmayada se detiene y la contempla. Cuadro.*)

ACTO CUARTO

Claustro del convento de las Carmelitas de París. A la derecha, en primer término, puerta de la iglesia a la que se sube por una escalinata. A la izquierda, también primer término, puerta grande que conduce a la clausura del convento. Junto a esta puerta, jardín, y en el espacio que queda entre éste y la puerta de la iglesia, una galería que conduce al exterior del edificio. Es de noche.

LUISA *aparece apoyada en una de las columnas del claustro e iluminada por la luz de la luna.*)

LUISA. — Sí; lo juro aquí, en el silencio de esta hermosa noche antes de jurarlo en los altares. Sor Luisa de la Misericordia hará olvidar las culpas de aquella cortesana que se llamó la Duquesa de la Valliere. Pronto será la hora. ¡Dame fuerzas, Dios mío! Ese último rayo de la luna, destello tal vez de tu mirada, me parece que llega hasta mi corazón y vierte en él la conformidad y el consuelo... ¡Cuántas veces la ví ocultarse como hoy, embriagada de felicidad junto a Luis!... (*Cambiando de tono.*) ¿Pero qué estoy diciendo?... Señor, arranca estos recuerdos de mi corazón... Y si están tan hondos que no es posible arrancarlos, para que ni yo misma sepa que existen, haz que el remordimiento ponga entre ellos y mi vista el velo constante de mis lágrimas. Si alguna vez el pensamiento rebelde se empeñara en recrearse con el bien impuro que perdí, llamaré en mi socorro a la plegaria y a la penitencia... Las gotas de sangre que el cilicio arranque a mis venas y las gotas de llanto que el dolor arranque a mis ojos, serán luego rubíes y brillantes que los ángeles engarzarán a mi corona... Mi vida pasada es esa luna que se va; mi porvenir ese nuevo día que llega... ¡Mentidas esperanzas, goces culpables, astro de la noche, desapareced para siempre! ¡Arrepentimiento, dolores, aurora que naces, no os extingáis nunca para mí! Y tú, perdóname, Dios mío. Amé mucho y sufrí mucho por un hombre, pero con ese aprendizaje me será ahora más fácil saber amarte de veras y padecer por Ti. (*Pausa. Suena la campana de la iglesia. Empieza a amanecer.*) La señal que anuncia el fin de mi libertad, casi de mi vida. Su voz parece que me llama diciéndome: "ven a lavar tus culpas en el Jordán de la oración. El Dios a quien tanto ofendiste te abre los brazos." No debo tardar en acudir a su llamamiento. En el mundo se considera falta imperdonable la de hacer esperar a un monarca de la tierra: no haré yo esperar al Rey de los Reyes. Voy, Señor; voy, Esposo mío. (*Entra en la iglesia.*)

(*Salen Luis XIV y Saint-Agnan. Ambos entran por la galería embozados en sus capas. Sigue amaneciendo lentamente.*)

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada

LUIS.—¿Ves cómo hemos llegado sin ser reconocidos?

SAINT-AGNAN.—Es una imprudencia, señor. ¿Qué pensaría quien encontrase a Vuestra Majestad andando al amanecer, solo y embozado, por estas callejuelas?

LUIS.—¿Y qué me importa a mí lo que otros piensen? ¿Es que yo, por haber nacido rey, no tengo derecho a ser hombre como los demás?

SAINT-AGNAN.—Vos sois más que un hombre; sois casi un Dios.

LUIS.—Déjate de lisonjas. El corazón no sabe si el pecho en que se alberga va por fuera cubierto de joyas o de andrajos. Del mismo barro se hace el de los reyes que el de los mendigos.

SAINT-AGNAN.—¿Y vuestro corazón siente aún amor por Luisa?

LUIS.—Yo mismo no lo sé.

SAINT-AGNAN.—Deseche Vuestra Majestad esas ideas. Piense en Atenaida.

LUIS.—Atenaida me hastía ya; bien lo sabes. Dios me hizo voluble, y yo no voy a corregir su obra.

SAINT-AGNAN. — Creedme, señor; salgamos de aquí. Piense Vuestra Majestad en el escándalo que produciría su presencia en el convento.

LUIS.—¿Quién va a saberlo?

SAINT-AGNAN.—La corte entera, que vendrá a la ceremonia de la profesión.

LUIS.—¿La corte?

SAINT-AGNAN (*Mirando.*)—Mirad: precisamente empiezan a llegar las carrozas. Nos han cortado la retirada.

LUIS.—Pues ocultémonos entre estos árboles.

SAINT-AGNAN.—¿No sería preferible que intentáramos salir por la iglesia?

LUIS.—No. Te digo que he de ver a Luisa por última vez. Ven pronto, que llegan. (*Se ocultan tras los árboles.*)

(*Salen Enriqueta de Inglaterra, las duquesas de Soisson y de Soubise, la princesa de Carignan, la Mariscala de la Ferté, los condes de Guiche y de Lauzun, el duque de Richelieu, damas, caballeros. Todos estos personajes entran por la galería de la izquierda. Ha amanecido del todo y es de día.*)

ENRIQUETA (*Entrando, a Guiche.*)—¿Este es el convento de las Carmelitas?

GUICHE.—¿No lo conocía Vuestra Alteza?

ENRIQUETA.—Ahora entro en él por vez primera.

D. SOISSON.—¡Vaya una hora de profesar! El amanecer...

LAUZUN.—Debe ser la costumbre de la Orden.

CARIGNAN.—Pues es una costumbre muy incómoda.

RICHELIEU.—No se dirá que la antigua favorita escoge un refugio fastuoso para su piedad.

CARIGNAN.—Es que ella fué siempre modesta.

MARISCALA.—Modesta de veras; no como lo son otras.

D. SOISSON.—Nuestra amiga Luisa ha sido toda su vida un dechado de nobles cualidades.

GUICHE (*Con malicia.*)—¿Sabeis, Duquesa, que estoy pensando en hacerme fraile?

D. SOUBISE.—¿Vos fraile?

D. SOISSON.—¿Y por qué pensais en eso?

GUICHE.—Para ver si haceis de mí los mismos elogios que de la ex duquesa de la Valliere.

ENRIQUETA (*Viendo a los poetas que entran.*)—Mirad; ahí vienen nuestros grandes poetas, que, por lo visto, se quieren asociar al duelo de la corte, por el eclipse del que fué su astro más luminoso.

(*Salen Molière, Corneille, Racine y Lafontaine.*)

CORNEILLE (*A Enriqueta.*)—¿Nos permite Vuestra Alteza que le presentemos nuestros homenajes? (*Los cuatro la besan la mano.*)

ENRIQUETA.—Dios os guarde, señores. ¿Venís también a presenciar la profesión de la nueva religiosa?

RACINE.—La Duquesa de la Valliere fué siempre nuestra protectora y nuestra amiga. Ya lo sabe Vuestra Alteza.

ENRIQUETA.—Si no lo supiera lo adivinaría, porque ella era muy amante de las glorias de Francia.

D. SOISSON.—Racine, ¿por qué no haceis una comedia con este asunto?

MARISCALA.—O una poesía. Mejor será una poesía.

MOLIÉRE.—La poesía va a hacerse por sí sola en esa iglesia, señora. Sería una lástima empequeñecerla llevándola al papel o encerrándola en la rima.

D. SOUBISE.—¿Cómo se escriben las poesías sin poetas?

MOLIÉRE.—Vos misma os respondereis dentro de poco a esa pregunta. Anticipáos un momento a lo que vais a ver. Figuráos un templo resplandeciente de luces, saturado de incienso, ocupado por cuanto hay de noble y de hermoso en la primera Corte del mundo. Imagináos que una mujer joven y bella cruza por entre la multitud, no envuelta en encajes y pedrería, sino vestida con el saval de la penitente. Pensad que aquella mujer fué un día adorada por un monarca, envidiada por todo un reino, y haceos la ilusión de que la oís decir, arrodillada delante del altar: "Vengo a hacer el sacrificio de mi juventud, de mi hermosura, de mis amores. Quiero cambiar mi corona de reina por la cadena de la esclava. Mis párpados, que hasta ayer se cerraron siempre en un lecho de marfil y oro, protector de los ensueños dulces, se abrirán desde mañana sobre una tabla, enemiga del reposo. Mi cuerpo de nieve y rosas, que causaba envidia con su contacto a la seda que lo envolvía, no tendrá ya otro roce que el de la estameña..." Y figuráos que oís estas palabras entre un torrente de notas armoniosas que salen del órgano y suben al cielo como una oración; que miráis caer, cortada por una mano nefanda, una espléndida cabellera, cuyas doradas hebras, con ser tantas, son menos que

los brillantes que entre ellas anidaron y los besos de amor que las cubrieron... Imagináos, en fin, que veis cerrarse una puerta, que produce un ruido semejante al de la tierra que cae sobre un ataud, y que detrás de esa puerta, losa de un sepulcro anticipado, queda un ser enterrado en vida, muerto para el placer en plena existencia... Este es el poema que vamos a presenciar. ¿Cómo queréis que haya quien, después de verlo, se atreva a escribirlo? Resucitad a Apolo... y puede que el mismo padre de la poesía no cargue con la empresa.

ENRIQUETA.—Es muy ingenioso eso de decir que no se puede hacer aquello mismo que se está haciendo. Vuestra descripción es una poesía.

CARIGNAN.—Sí, pero muy triste. A mí me gustan más las burlas de *El médico a palos.*

CORNEILLE.—Pues aún más triste os parecería si Moliére, en vez de hacer la descripción del aspecto externo de ese poema, os hubiera pintado su aspecto íntimo...

MARISCALA.—¿Cabe algo más doloroso que esa ceremonia?

CORNEILLE.—Sí, señora. El verdadero drama no está en el templo, sino en la celda. Allí hay que buscarlo. El alma bien templada encuentra cierto placer en vencerse a sí misma y más aún cuando hay quien presencia ese vencimiento y lo admira; cuando un altar lleno de luces y de flores, los cantos sagrados llenando la nave gigantesca y el incienso mezclándose a ellos en espirales olorosas, parecen ser un anticipo de la gloria, que es el premio de sacrificio. Pero luego, los cantos cesan, las luces se apagan, el incienso se desvanece y sólo queda un corazón destrozado, el recuerdo incesante del bien perdido, la oración, turbada a veces por ese recuerdo, y como única compensación a la tristeza, tanto más honda cuanto más contrasta con la anterior alegría, el crucifijo, el solo compañero de la celda solitaria diciéndole al alma con la voz implacable del ejemplo: "Sufre como yo sufrí... y perdona como yo perdoné." (*Empieza a oirse el órgano dentro de la iglesia. Lauzun abre la puerta, mira al interior y dice:*)

LAUZUN.—La ceremonia va a empezar, señores.

ENRIQUETA.—¡Oh, pues vamos!...

VARIOS.—Sí, sí, vamos. (*Entran todos en la iglesia siguiendo a Enriqueta.*)

(*El Rey y Saint-Agnan salen de entre los árboles apenas desaparece la corte.*)

SAINT-AGNAN.—¡Al fin se fueron! Salgamos, señor.

LUIS (*Dirigiéndose a la puerta de la iglesia.*)—Espera, espera un momento...

SAINT-AGNAN.—¿Qué intentáis?

LUIS.—Verla desde aquí, desde esta puerta...

SAINT-AGNAN. — Piense Vuestra Majestad lo que hace...

LUIS.—¿Puedo hacer menos? Yo tengo poder para todo, hasta para quebrantar la regla de los conventos... Si quisiera podría suspender la profesión... Y ya ves con qué poco me contento. ¡Sólo con mirarla un instante!

SAINT-AGNAN. — Lo que experimentáis es una ilusión pasajera. El bien que despreciasteis cuando era vuestro, ¿os parece insustituíble ahora que no podéis ya poseerlo?

LUIS.—No lo extrañes. Luisa era para mí antes solamente una mujer que me amaba. Gocé de sus caricias, y tras la satisfacción vino el cansancio. Dejé de beber en ella la felicidad, pero sabía que la fuente seguía corriendo para mí. Ahora es distinto. Va a profesar. Esa puerta se cerrará muy pronto detrás de ella, para no volver a abrirse. No podré verla. El obstáculo irrita a quien no está acostumbrado a encontrarlo en su camino. Luisa es lo imposible... y yo soy Luis XIV. ¡El dueño del mundo no debe tropezar en lo imposible!

SAINT-AGNAN.—Pero debe detenerse ante el escándalo.

(*Gustavo aparece en el fondo de la galería de la izquierda, embozado y en actitud de hablar con alguien que se supone fuera.*)

GUSTAVO.—Vete tú y no te comprometas por acompañarme. Te digo que he de verla aunque me cueste la vida.

LUIS (*Viendo a Gustavo.*)—¿Eh? ¿Quién viene?

GUSTAVO.—Sí, esperarme en la esquina con los caballos. Trataré de escapar apenas la haya visto.

LUIS (*Reconociéndole.*)—¡Villefort!

GUSTAVO (*Entrando por la galería y llegando al proscenio.*)—Tal vez llegue a tiempo todavía. (*Viendo al Rey y acercándose a él.*) Ese caballero me dirá... (*Sorprendido al fijarse en Luis.*) ¡El Rey!

LUIS.—¿Quién sois y qué buscáis?

GUSTAVO (*Confuso.*)—Señor...

LUIS.—Respondedme. ¿Quién sois?

GUSTAVO (*Con dignidad.*) — Bien lo sabe Vuestra Majestad. Es inútil la pregunta.

LUIS.—Es que dudo que seáis el que me parecéis. Si fuérais el caballero de Villefort, no estaríais en Francia. Yo os perdoné la vida a condición de que no volviérais a entrar en mi reino...

GUSTAVO.—Y yo os he obedecido hasta hoy. En Inglaterra vivía y de allí no hubiera salido a no haber llegado hasta mi retiro la nueva que me hizo olvidar vuestro mandato.

LUIS.—¿Una nueva? ¿Cuál es?

GUSTAVO (*Con arranque.*)—Puesto que me veis aquí no necesito decírosla. Mi presencia debe revelar a Vuestra Majestad lo que a mí me revela la suya. Luisa profesa hoy, ¿verdad?

LUIS (*Secamente.*)—Creo que os atrevéis a interrogarme.

GUSTAVO.—Señor, a un condenado a muerte todo puede permitírsele. Quien incurre por segunda vez en las iras de Vuestra Majestad es justo que muera. No me quejo. Sabiéndolo he venido.

LUIS.—¿Sabíais que arrostrábais la muerte?

GUSTAVO.—Vale poco la vida de un deste-

rrado; pero aunque estimara en mucho la mía, creed que la hubiera dado sin vacilar por decir adiós a Luisa.

LUIS (*Como subyugado a su pesar por el lenguaje de Gustavo.*)—¿A eso venís?

GUSTAVO.—A eso solo. La fortuna, siempre contraria para mí, no ha querido concederme ese bien, puesto que me ha hecho encontraros. Enhorabuena. Una sola gracia os pido, señor. No prolonguéis mi agonía. Matadme pronto.

LUIS.—Cualquiera pensaría oyéndoos que deseáis la muerte.

GUSTAVO.—Y no se engañaría quien lo pensara. Yo he vivido hasta hoy por una esperanza... irrealizable, quimérica, pero ¡esperanza al fin! y como tal, dulce y consoladora. ¡Mi esperanza ha muerto ya, y yo no quiero sobrevivirla!

LUIS.—¿Tanto amáis a Luisa?

GUSTAVO.—Como un loco. La adoro desde niño. Nunca obtuve de ella otro pago que un afecto fraternal que me helaba, pero mi amor no es frágil caña que se rompe al primer embate; es acero fortísimo, templado por los golpes de su desdén en el yunque de mi constancia. La amé sabiendo que ella os daba su corazón, que vos pisoteásteis: la amo ahora sabiendo que se entrega a otro dueño inmortal... porque mi destino es amar, ¡siempre viendo al ser amado en brazos de otro... siempre sufriendo el martirio de los celos! Los tuve primero de vos, que sois mi Rey; ahora de Dios. (*Con desesperación.*) ¡Perdóname la irreverencia, Dios mío, pero en este momento no veo en Ti más que un rival afortunado que me arrebatas a mi Luisa!

LUIS.—El dolor os ciega.

GUSTAVO.—Comprendiérais lo que sufro si comprendiérais lo que amo; pero vos, acostumbrado a despreciar a quien os adora, no sabréis nunca lo que es el martirio de adorar a quien nos desprecia.

LUIS.—Mal me juzgáis.

SAINT-AGNAN (*Este ha estado, durante toda esta escena subido en la grada de la iglesia, y viendo lo que dentro de ella pasa.*)—La profesión ha terminado. Sor Luisa viene hacia aquí para entrar en clausura.

LUIS.—Pues no dejes salir más que a ella de la iglesia.

SAINT-AGNAN.—Considere Vuestra Majestad...

LUIS (*Con energía.*)—¡Yo lo mando! ¡Es orden del Rey! (*Saint-Agnan se coloca a la puerta de la iglesia.*) Vos, cubrid vuestro rostro y hacéos allá. Esperad a que os llame.

GUSTAVO.—No me atrevo a dar crédito a lo que oigo.

LUIS.—Id aprendiendo a juzgar mejor a Luis XIV. (*Gustavo se omboza y se retira a la galería. Luisa aparece en la puerta de la iglesia con las manos cruzadas y la vista fija en el suelo.*)

LUISA (*Con timidez.*)—¿Me ha llamado Vuestra Majestad?

LUIS.—Sí, hermana.

LUISA.—Señor, pensad lo que vais a decirme. No olvidéis que hay un Dios que juzga y castiga a los reyes.

LUIS.—Esperad vos a oirme para juzgarme. No os llamo por mí. Yo había renunciado al triste consuelo de despedirme de vos para siempre, cuando llegó a mis oídos el eco de una queja que me movió a piedad.

LUISA.—No os comprendo.

LUIS.—Un hombre que os amó, como vos merecéis ser amada (*Luisa se estremece.*) pedíale al cielo la inefable ventura de veros por última vez. Por conseguirla desafiaba mi cólera, arriesgaba su vida, y yo, conmovido por tanto amor, quise concederle el premio que merecía. Si he delinquido, perdonadme; pero no acuséis a nadie más que a mí.

LUISA.—Ignoro lo que Vuestra Majestad quiere darme a entender.

LUIS (*Llamando.*)—Caballero de Villefort, acercáos.

GUSTAVO (*Presentándose.*)— ¡Luisa, Luisa!...

LUISA (*Con alegría y temor.*)—¡Gustavo! ¿Cómo estáis en París? ¿Os han levantado el destierro?

GUSTAVO.—No; he venido por veros. ¿Qué me importa lo demás? Puesto que os pierdo, la muerte es casi un bien para mí.

LUISA (*Suplicante al Rey.*)—¡Señor!...

LUIS.—Nada temáis. El Rey de Francia sabe perdonar. Ha tenido una buena maestra.

GUSTAVO.—¡Oh!... (*Haciendo ademán de arrodillarse.*)

LUIS.—Venid a mis brazos.

GUSTAVO (*Confuso.*)—¿Yo?

LUIS.—Quien ama a Luisa como vos la amáis, será de hoy en adelante un amigo para mí.—Conde de Villefort, sois mi gentilhombre. (*Le abraza.*)

LUISA.—Gracias, señor. Dejando unidos a los que siempre tendrán un lugar en mi alma, será más dulce mi existencia en el retiro. (*Se oye muy lejano el canto sagrado de las monjas, que se irá acercando paulatinamente.*) Y ahora, no me detengáis. (*En este momento se agolpan los cortesanos a la puerta de la iglesia y algunos bajan a la escena. La puerta de la clausura se abre y aparecen varias monjas. Una de ellas trae una gran cruz. La superiora se adelanta para recibir a Luisa. Cuadro.*) Mirad. A esa puerta (*Lo de la iglesia.*) se asoma el mundo, que os reclama a vosotros; a esa otra mis hermanas, que me reclaman a mí. De ese lado están las risas y las alegrías, que prometen un porvenir de venturas; de este otro los cantos religiosos, que dicen que la duquesa de la Valliere ha muerto y que una pobre carmelita entra en el claustro a pedir a Dios que haga dichosos a su hermano (*Por Gustavo.*) y a su Rey.

LUIS.—La duquesa de la Valliere habrá muerto, como vos decís, pero dejó a su paso por el mundo una huella imborrable de abnegación y de poesía.

LUISA.—No la idealicéis demasiado. Fué una gran culpable, que se embriagó de felicidad;—¡de una felicidad tan honda como

breve!—y fué, sobre todo, una gran ambiciosa, que no encontró más que dos amores dignos de su alma: ¡primero el de un monarca; luego el de Dios!

LUIS.—¡El solo os merece!

LUISA.—Pues si lo creéis así, no me impidáis que corra pronto a sus brazos. (*Pasa al lado de la izquierda.*) ¡Adiós, señor! (*Llega a la puerta de la clausura y allí dice:*) ¡Adiós para siempre! (*Sube la escalinata: La superiora la da la mano y la entra. Se cierra la puerta, que será grande y pesada. En seguida entonan las monjas el "De profundis", cuyas voces se irán perdiendo poco a poco. Los cortesanos descomponen el cuadro que formaban. El Rey se dispone a salir con Saint-Agnan. Villefort se echa en brazos de Richelieu.*)

MOLIÉRE. — Buen fin de farsa, ¿verdad, Corneille?

CORNEILLE.—Decid mejor: ¡Buen principio de tragedia! (*Siguen los cantos religiosos y cae el*

TELÓN

Juan Antonio Cavestany.

En el próximo número se publicará la novela

PÉREZ VA DE VIAJE

ORIGINAL DE

E. RAMIREZ ANGEL

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

Aceites y grasas
-:- lubrificantes -:-

Insuperable para el engrase de los autos

SUCESORES DE

E. Steinfeldt

OLEO-MOTOR

Correas de transmisión y algodones para máquinas

Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 984
MADRID

DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUNCION, CLOROSIS
CONVALECENCIA

ANEMIA

VINO Y JARABE de Hémoglobine Deschiens

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre CURA SIEMPRE. Es muy superior á la carne cruda, á los farmacéuticos, etc. De salud, fuerza. — PARIS.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

ALREDEDOR DEL MUNDO

tiene un centro establecido en el «kiosco Colón», Plaza de Cataluña, frente al Paseo de Gracia.

OBRAS

de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía	Donde hubo fuego...
Idilio trágico.	La ley de Malthus
Siervo y tirano.	Siempreviva.
Los hijos.	

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporáneos» que deseen adquirir alguna, la recibirán franca de porte enviando a esta administración, por cada tomo que soliciten, 3 pesetas en sobre monedero, giro postal u otro medio análogo.

1502 -AN -T1 -JEU -LE1

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD

22196